

EL PENSAMIENTO ESPAÑOL.

DIARIO CATÓLICO, APOSTÓLICO, ROMANO.

PRECIOS DE SUSCRICION.—En Madrid: 12 rs. al mes.—En Provincias: 20 rs. al mes y 60 por trimestre en casa de los comisionados, y 19 rs. al mes y 51 trimestre en la administración.—En el Extranjero: 70 rs. trimestre.—En Ultramar: 90 rs. trimestre.—La administración no responde de los sellos que se le remitan en carta sin certificar.

PUNTOS DE SUSCRICION.—Madrid: En la administración, calle de Pelayo, números 58 y 40, cuartel principal de la derecha, y en las librerías de la Publicidad, Olamendi, Lopez, Bailly-Baillière, Cuesta y Lizcano.—Provincias: En los puntos que se anuncian el último día de cada mes.

PARTE EXTRANJERA.

Ninguna noticia importante nos ha comunicado el telégrafo en los dos días últimos. Parece que continuando las negociaciones para la reunión de la conferencia, han contestado favorablemente las tres Potencias interesadas, y ya sólo hay que esperar el día no lejano en que los plenipotenciarios han de dar principio a su tarea. Los periódicos extranjeros dan noticias algo discordes en cuanto a los representantes que han de tener las Potencias, pero de ellas se deduce que lo más probable es que no asistan Bismark, Lamarmora ni Mensdorff, Asegúrese que los Estados de la Confederación alemana estarán representados por el ministro de Negocios extranjeros de Baviera, noticia que no deja de tener importancia recordando que dicho ministro, el Sr. Beust, es muy afecto a la causa de Austria.

No se sabe definitivamente cuál será el programa de la Conferencia, pero es difícil presumir aunque no de una manera precisa, cuáles serán los puntos de que se trate, teniendo en cuenta cuál es el motivo de la reunión. Los Ducados de Elba y la cuestión de Venecia figurarán en primera línea. En cuanto a la reforma federal de Alemania, aunque se ha dicho que sería objeto de las deliberaciones de la Conferencia, no puede menos de ocurrirnos que si Austria, Prusia y los Estados secundarios consienten en que otras Potencias europeas intervengan en el arreglo de los asuntos de la Confederación, que deben considerarse como asuntos interiores de una nación, consenten de hecho en que se dé el primer golpe a la existencia de la misma.

Si la Dieta es impotente para hacer cumplir el acta federal a los Estados sometidos a ella, si no sirve ya para dirimir las discordias pendientes entre dos de aquellos, y si por añadidura consiente ahora que Potencias completamente extrañas traten de la reforma que sólo a ella incumben, ¿qué significa la Confederación? ¿Qué papel representa la Dieta germánica?

Según dice un diario extranjero, uno de los puntos del programa que primitivamente presentó Francia a Inglaterra y Rusia, era el del poder temporal de la Santa Sede, mas quedó omitido a invitación de las últimas Potencias, que creyeron que podría dar lugar a nuevas complicaciones.

Si de la Conferencia cuya celebración parece segura é inmediata, nacen acuerdos que hagan concebir esperanzas fundadas de una solución pacífica, se tratará de convocar un Congreso europeo, en el que tendrán representación todas las naciones signatarias de los tratados de 1815. Nadie tiene gran confianza en que llegue este caso, y dando por supuesto que la conferencia preparatoria tendrá mal éxito, los políticos se entregan a conjeturas acerca de la conducta que seguirán los tres Gobiernos neutrales y mediadores de París, Londres y San Petersburgo.

¿Tomarán estos una actitud conminatoria, ó se contentarán pura y simplemente con desistir del proyecto de Congreso y encerrarse en una estricta neutralidad? Este es el problema de hoy. La opinión más general es que Francia no se quedará sin hacer alguna demostración. Mientras que tales cavilaciones ocupan la mente de los políticos del vecino imperio, La Patria, diario ministerial, les sale al encuentro, y como para ayudarles a discurrir con más acierto, examinando el caso de que la conferencia fracasase, se expresa en los siguientes términos:

«Entonces el Gobierno francés deberá tomar una actitud decisiva, manifestar al Cuerpo legislativo los esfuerzos que haya hecho para conservar la paz, y pedirle su cooperación. Si entonces se manifestase la necesidad de una gran demostración en favor de la causa más justa, la Francia podría aun con su influencia evitar un conflicto europeo. Sabido es que gracias a la organización de la reserva, en cuatro días la Francia puede poner en pie de guerra seiscientos mil hombres, equipados y ejercitados. Esta fuerza imponente, armada, no para emprender conquistas, sino para provocar una solución pronta y eficaz, podría acrecentar la gloria del imperio sin hacer correr al país los azares de luchas gigantescas.»

Poca explicación necesitan las precedentes líneas. Esa cooperación que deberá pedirse al Cuerpo legislativo es el empréstito cuya necesidad para la guerra proveen todos los que comprenden la situación; la demostración en favor de la causa más justa es el movimiento de los seiscientos mil hombres en favor de Italia. Una de dos, ó las palabras de la Patria son una amenaza a Austria en los días críticos en que va a reunirse una Conferencia que tratará de la cuestión del Véneto, ó tienden a preparar el camino en la seguridad de que es imposible llegar a un arreglo pacífico.

El mejor comentario que por otra parte puede hacerse a las palabras de la Patria, es el recuerdo de los hechos ocurridos años atrás en circunstancias análogas a las actuales.

El 25 de Febrero de 1859 lord Cowley, embajador de Inglaterra en París, partió para Viena, encargado de una comisión de los Gabinetes de Londres y de las Tullerías. El 25 de Marzo el Monitor anunció que iba a reunirse un Congreso a propuesta de la Rusia y que se deliberaría sobre la cuestión de Italia. El 20 de Abril el Monitor publicó las bases de discusión adoptadas por las cinco grandes Potencias. En 25 de Abril el Cuerpo legislativo recibió un proyecto de ley relativo a un empréstito de 500 millones de francos. El día 5 de Mayo se declaró la guerra, y el 4 de Junio se dio la batalla de Magenta.

Nada dice el telégrafo acerca de la crisis ministerial de Inglaterra. Sin embargo, un periódico de esta corte, ignoramos con qué datos, dice que aquel no se retirará en atención a las circunstancias de Europa. Pero ¿y las prácticas parlamentarias?

Es ya indudable que la Conferencia de París ha declarado ilegal la elección del Príncipe Hohenzollern. Así lo ha dicho en la Cámara de los

Comunes el subsecretario de Negocios extranjeros de Inglaterra. El Príncipe ha notificado a las Potencias su advenimiento al Trono. Veremos cómo reciben esta notificación.

La «Opinión» de Florencia del día 30 dice que el 29 por la mañana el Rey Víctor Manuel firmó un decreto ordenando la creación de dos batallones de bersaglieri y de otros veinte batallones de voluntarios garibaldinos.

«La «Gaceta de Viena» publica un decreto, con fecha del 25 de Mayo, mandando hacer un empréstito forzoso de doce millones de florines en el Lombardo-Véneto. Las imposiciones deberán efectuarse en oro ó plata en seis entregas mensuales, las cuales empezarán a fin de Julio en las provincias de Venecia, Belluna y Vicencia, y a fin de Junio en las demás provincias.

«Todas las Potencias han aceptado la conferencia. Se cree que podrá verificarse en toda la próxima semana.

«La Dieta alemana ha sometido a una comisión delegada de la misma todas las notas de los Estados alemanes, acerca de la representación de la Dieta en la conferencia de París.

Es probable que esta representación se confiera a Mr. Pfordten.

Dícese que no asistirán a la conferencia, ni Bismark ni Lamarmora, sino que otros diplomáticos representarán a Prusia é Italia.

Si de la conferencia sale la paz, habrá Congreso y asistirán a él todas las naciones que formaron el de 1815.

«Ha quedado completamente desmentida la entrada de los turcos en los Principados danubianos.

«Está aceptada definitivamente la conferencia europea por todas las Potencias que deben enviar representantes. La confederación germanica estará representada por el ministro de negocios extranjeros de Baviera. Trátase actualmente de fijar el día en que se reunirá en París, habiéndose comprometido a los ministros de Negocios extranjeros de las respectivas Potencias a estar en dicha capital el día que se señale.

«El 22 habrá un Consistorio secreto en que Su Santidad preconizará varios Cardenales y Obispos.

No es cierto que el Cardenal Antonelli se halla enfermo de gravedad.

«El 31 por la mañana llegó a Viena el Infante de España D. Enrique, quien se propone pasar en esta ciudad algunos días.

humana y de la debilidad de espíritu, el título de la obra es, ó una ahogaza, ó una lastimosa equivocación.

Ahora bien: ¿ha comprendido el Sr. Larra la intención de la bienaventuranza? Trabajo nos cuesta decirlo, pero en nuestro pobre aunque firme parecer, el Sr. Larra ha equivocado el título de su comedia. No le haremos la injusticia de creer que ha sido una ahogaza para cazar al público ni que ignora el verdadero sentido de aquellas sublimes palabras del Salvador; es, como hemos dicho, una equivocación del Sr. Larra; es que ese título le ha parecido más bello que otro cualquiera, y lo ha aceptado, sin pensar en la responsabilidad que tras sí llevaba.

Intentemos demostrarlo. Un artista, un pintor educado de limosna en el humilde taller de un grabador, alcanza uno de esos triunfos que desvanecen a los jóvenes. Había presentado un cuadro en la exposición, y se le adjudicó el primer premio. Con este motivo, el nombre del afortunado artista corrió de boca en boca y de periódico en periódico, y los salones del mundo elegante se abrieron a su paso, y las más encoquetadas damas se disputaron la amistad de aquel joven a quien la gloria comenzaba a sonreír.

Ardiente, apasionado, sonador Fernando Salazar, que tal es el nombre del artista, se ofusca ante aquella sociedad deslumbradora, pierde la cabeza al colocarse al borde de aquel abismo de esplendor y de sensualidad. Siente que se le entibia ese calor de los corazones, como llama Trueta al carino de la familia, y acaba por enamorarse locamente de Clara, sobrina del marqués de Belflor, muchacha activa y vana, que sería modesta y sensible si no hubiera perdido a su madre ó si alguien se hubiera tomado el trabajo de educarla cristianamente.

Con este amor desatinado y ciego Fernando Salazar comienza a ser bienaventurado, es decir, comienza a llorar; y llora de tal manera, que cuando llega al colmo de su dolor, cuando se ve burlado por la mujer que ama, dice, queriendo volver al seno de su familia, estos cuatro versos:

De vosotros separarme
no quiero, que hay situaciones
en que tras la soledad
hasta el suicidio se esconde... (1).

Por donde se ve que Fernando no va derecho a la bienaventuranza; porque, ¿hay aquí resignación?

(1) Escena II, acto 4.º

¿hay virtud? ¿puede ser bienaventurado quien cediendo de seguida a la fuerza del dolor, llora de ira, llora porque no le salen las cuentas bien, y llega hasta pensar en el suicidio? ¿además puede ser bienaventurado el que prosa de la más terrible cólera ultraja (como lo hace en el final del tercer acto) a una mujer en su propia casa y delante de cuatro personas, faltando a toda clase de consideraciones sociales y dando señaladas muestras de ser un grosero? (Oh, fácil manera de conseguir la bienaventuranza y el consuelo eterno, dejarse llevar de las pasiones y no ofrecer a Dios ni una gota de nuestro llanto! Oh, religión cómoda en que la santificación nace de nuestras flaquezas y no de los esfuerzos que nos cuesta el vencer nuestras pasiones! Oh extraño modo, en fin, de interpretar las palabras de Jesucristo!

Mas hay en la comedia otro personaje que también llora, de carácter dulce y suave, en que tal vez el autor haya querido fijar el eje de su pensamiento. Este personaje es Juana, la hija del grabador, la hermana postiza de Fernando. Juana oculta en su pecho un amor profundo hacia el pintor, y como es natural, al saber que este tiene otra novia por fuera, muy rica, muy guapa y muy ilustre, está ¡pobre chica! que se la puede ahogar con un cabello.

Pura es la inclinación de Juana hacia Fernando, delicados y nobles son sus sentimientos, amargas lágrimas son las que vierte; pero es con todo esto bienaventurada? ¿Tan grande es el mérito de ese llanto, que derrama, en resumidas cuentas, porque el novio no la quiere? Pues si a causa de esto fueran las muchachas bienaventuradas, seguro que habían encontrado un camino bien fácil para ir al cielo.

Y no se nos diga que Juana ofrece a la Virgen sus dolores, implorando al propio tiempo su auxilio: porque no hay tal. Véase si no la plegaria que dirige a la Madre de Dios:

Madre de mi alma!
Virgen bendecida!
Vuelveme la calma,
Quítame la vida,
Que yo sin Fernando
No puedo vivir!
De niña, á mi lado
Miréle risueño,
Mujer, he velado
Sin tregua su sueño!
Sin él, Madre mía,
Yo quiero morir!

¿En un carácter tan dulce como el autor quiere

EL PENSAMIENTO ESPAÑOL.

MADRID 1.º DE JUNIO DE 1866.

EL DISCURSO DEL SR. TEJADO.

Vamos a cumplir la promesa que hicimos en el último número de EL PENSAMIENTO ESPAÑOL de considerar este importante documento. El pensamiento que en él se muestra como de relieve es verdaderamente profundo y luminoso, digno por tanto de ocupar la mente y de recibir de labios del orador católico una expresión clara y bella. Importaba sobre manera, ante todo en el examen de los proyectos de autorización que el Gobierno pide a las Cortes para ordenar las cosas de la Hacienda, inquirir diligentemente, no ya la existencia del desorden que experimenta, porque este es un hecho palpable, reconocido y confesado por todos, y de consecuencias que ponen pavor en el ánimo que lo considera, sino la causa permanente del mal, el principio y raíz de la perturbación que todos deploran, que es una desproporción ruinosa de los recursos de la nación con las necesidades creadas, con las fabulosas sumas a que asciende el pasivo de nuestra Hacienda; ó para hablar mas claro: la enorme deuda contraída por los ministerios que han ido sucediéndose en nuestros mismos días. Porque es obvio que sin saber quién es el agente que viene abriendo cada vez más la sima donde se sepultan las rentas públicas, sin poderla nunca llenar, es imposible poner remedio contenido su acción. Antes de restablecer el orden, antes de propinar al enfermo la medicina, es preciso averiguar el principio maléfico que perturba su salud; y si la enfermedad es moral, como en el caso presente, es preciso buscar al culpable y juzgarlo y condenarlo, reduciéndole a la imposibilidad de proseguir su obra perturbadora, aunque sea necesario imponerle la última pena, la pena de muerte, ó condenarlo a cadena perpetua.

Ahora bien, al Sr. Tejado no era difícil, atendida la conocida perspicacia de su entendimiento y el hábito de filosofar sobre los hechos contemporáneos estudiándolos en sus causas y razones primeras, no le era difícil, decimos, volver los ojos y señalar con el dedo al reo a quien se busca; y así desde el principio de su discurso ya se le ve fijar en él su mirada, y exclamar con varonil elocuencia: «¡He! aquí: el reo es el liberalismo.» El orador le ha forzado a sentarse en el banquillo de los procesados ante la Cámara que debiera juzgarlo y condenarlo, juzgando y condenando los proyectos de autorización que pide por boca del Gobierno; y después de haberlo así colocado, ha dirigido contra él terribles acusaciones, convenciéndolo al cabo de ser el verdadero culpable, de ser el elemento que vicia toda forma de Gobierno en que logra insinuarse, y de conducir a los pueblos a su ruina, aun en el orden material de la Hacienda.

Dice muy bien el orador católico: el libera-

lismo no constituye forma alguna de Gobierno, antes es el principio disolvente de todo Gobierno, porque es enemigo nato de la autoridad. Mil veces se ha dicho, pero nunca se repetirá bastante, que el liberalismo es el protestantismo en la política. El protestantismo es la insurrección de los entendimientos contra la autoridad de la Iglesia; y el liberalismo la insurrección del súbido contra toda autoridad que no es obra suya. El primero empieza por una protesta, el segundo por un pronunciamiento: la protesta es un pronunciamiento de los fieles contra la autoridad divina de la Iglesia, como los pronunciamientos son la protesta de los pueblos contra el derecho divino de los Príncipes. Ambos convienen en el espíritu que los informa, que es espíritu de rebelión; en el objeto contra el cual se rebelan que es Dios; en el fin a que tienden, que es emancipar a los hombres de toda ley divina, introduciendo bajo el nombre de libertad el libertinaje de los espíritus, la licencia de los discursos, la corrupción de las costumbres, las divisiones de las sectas ó partidos, y en último término la anarquía ó el despotismo.

Como el protestantismo no es poderoso a constituir la autoridad, así es impotente el liberalismo para constituir un Gobierno digno de este nombre. Destruyen, pero no edifican; niegan, pero no afirman; hieren, pero no sanan; encienden el fuego de toda concupiscencia, pero no pueden apagar una sola de sus terribles centellas. Ambas son disminución de verdad, disminución de fuerza, de poder, de autoridad, de orden, y por consiguiente, de verdadera libertad, la cual no es en puridad otra cosa que la facultad de moverse el hombre dentro del orden trazado por la razón ilustrada en las sociedades católicas por la fe, sin que nadie le vaya a la mano poniéndole obstáculos ni turbando indebidamente su legítimo derecho. La tesis del señor Tejado es, pues, certísima; el liberalismo no es un sistema de gobierno, sino una manera de herejía política, cuya forma sutil, impalpable, le permite inocularse en toda clase de Gobiernos y herirlos a todos en el principio esencial de su vida, que es el derecho divino de su autoridad, convirtiéndolos de verdaderas instituciones, convertiéndolos en verdaderas máquinas de origen sobrehumano en verdaderas máquinas que hacen guerra a la Iglesia consumiendo, en el juego sus innumerables ruedas y mecanismos, la fe, sustancia de las naciones.

Júzguese por aquí cuán inconsideradamente dijo el otro día en el Congreso el señor ministro de Ultramar, que el inmortal Pontífice ha sido liberal. ¿Qué razón pudo mover al Sr. Cánovas a proferir tan inconsiderada especie? De seguro la deplorable confusión, perfectamente notada por el Sr. Tejado, entre liberalismo y libertad. Pío IX ha declarado recientemente en la hermosa alocución Jamdudum cernimus que luego que «Italia obtuvo de sus legítimos Príncipes instituciones más libres (nótese bien, el Papa dice libres, LIBERTADES, no liberales), Su Santidad animado «de paternales sentimientos y deseando que sus súbditos tomasen parte en

Yo que no quise casarme
por evitar el tormento
de los hijos....

¿qué puede ser?—Falta completamente de corazón; repetimos que es la viva imagen de la filantropía, de esa virtud nueva que han inventado los ingleses y que, por lo visto, debe producirse un interés muy pingüe, según la mata que se dan para practicarla.

En la creación de este carácter ha estado verdaderamente feliz el Sr. Larra, a nuestro parecer; y si todos los personajes de la obra tuvieran la significación del marqués de Belflor, el Sr. Larra habría hecho una comedia importantísima.

Este marqués resulta luego padre de Fernando Salazar, el cual lo rechaza por haberlo abandonado con su madre que había muerto en la miseria.

Nos parece este un castigo muy blando para el marqués. A nuestro juicio la mejor manera de castigar los pecados de los padres es hacerles que vean el tormento de sus hijos ocasionado por aquellos mismos.

Fernando concluye por casarse con Juana, y Clara, la antigua novia de Fernando, se casa con un tal Urrutia, un banquero de tres al cuarto.

La comedia, pues, como se ve no corresponde a su título; es no más una de tantas variaciones sobre el conocido tema de El hijo prodigo; sólo que aquí Fernando es un hijo prodigo sin padre conocido hasta el final de la obra, y para eso le rechaza, que es como si no le conociera.

El asunto de la comedia no es otro que el artista que busca la felicidad en el gran mundo y la deja en casa; ni más, ni menos.

¿Por qué se llama la comedia Bienaventurados los que lloran? Sin duda alguna porque al autor le ha parecido bonito el título. No hallamos otra razón.

Por lo demás, en la obra hay bellezas literarias; la exposición está bien hecha; abundan las situaciones de efecto, y el diálogo suena agradablemente en los oídos del público. Por eso el público la ha recibido con aplausos.

Podrá decirse que el Sr. Larra no conoce las altas regiones del arte dramático; pero en cambio nadie le puede negar un gran conocimiento de la escena y del público.

VALENTIN GOMEZ.

FOLLETIN.

REVISTA LITERARIA.

BIENAVENTURADOS LOS QUE LLORAN! comedia en cuatro actos y en verso de D. Luis Mariano de Larra.

Con gran desconfianza y aun con miedo, leímos en los carteles del teatro del Príncipe el título de la última obra del Sr. Larra. Y no es seguramente porque el nombre del autor nos inspirara de antemano antipatía literaria de una especie; por el contrario, el Sr. Larra en todas sus producciones, que son muchas, ha tendido a buscar la verdad y la belleza del arte, y esta sola tendencia era sobrado motivo para que nos fuera simpático quien, apartándose un tanto de la descocada vulgaridad con que hoy se presentan las obras artísticas, y singularmente las literarias, no temía arrostrar las iras del inconstante público, azevado a responder con destemplanado ardor al grito de ¡viva la libertad! que bajo una ó otra forma se solía oír en los teatros.

La causa de nuestra desconfianza y de nuestro miedo no era el nombre del autor, como decimos: era el nombre de la obra. Era que, a través de ese título, veíamos un pensamiento dramático de primer orden: veíamos desenvolverse un plan admirable, una acción sublime que podría inmortalizar un apellido; pero al propio tiempo veíamos la profanación de ese pensamiento por medio de un plan ridículo ó de una acción rastrera. Y por desgracia la atmósfera en que respiramos nos pone tales que no hay pensamiento feliz que no desbaratemos, ni sentimiento noble que no saquemos de quicio.

«Bienaventurados los que lloran! Esta divina exclamación puesta al frente de un drama nos otorga el derecho de exigir mucho. El autor ha debido sentir impresionado su corazón por las lágrimas de esos dichosos desterrados de los placeres sensuales que el mundo ofrece a los que rien; ha debido escuchar los sollozos de esas almas benditas que abrasadas en el amor de Dios suspiran por el infinito bien prometido a los mártires de la justicia, y gimen por los crímenes de los inescusables verdugos del Redentor: ha debido, en una palabra, ver el llanto de los justos y de los arrepentidos que serán los consolados.

Si esta no ha sido la fuente de su inspiración y el escritor ha confundido las lágrimas del amor y del arrepentimiento con las lágrimas de la pasión

la administración civil, hizo las oportunas concesiones, conformándolas sin embargo con las reglas de la prudencia por temor de que el beneficio dictado por nuestro paternal corazón, se convirtiera en un veneno por artificio de los hombres malos. ¿Quién que lea estas solennas palabras y entienda el a, b, c, del liberalismo, podrá imputarle al Papa? ¿Dónde está aquí la protesta contra la autoridad? ¿Dónde la negación del derecho divino? ¿Dónde el oficio de un Rey que reina y no gobierna? ¿Dónde la omnipotencia parlamentaria, hasta para convertir los hombres en mujeres? ¿Dónde en fin el liberalismo de Pío IX? ¡Ah! el liberalismo vino después, no por Pío IX, sino a pesar de Pío IX y precisamente para derribarlo de su augusto trono, y si posible fuera, de su cátedra sublime: «Una licencia desenfrenada (habla Su Santidad) se apoderó de nuestras concesiones inofensivas. Effrena licencia innocua Nostra largitate polita est; el palacio donde estaban reunidos los ministros y diputados fué salpicado de sangre, y las manos impías de los sacrilegos se volvían contra el mismo que les concediera los beneficios.» He aquí, pues, el bien convertido en veneno, las instituciones mas libres en tumultos y protestas, la obediencia en insurrección declarada, la libertad en liberalismo. ¡Y del Papa que sufrió tantas tribulaciones y amarguras se dice que ha sido liberal! Pluguese a Dios que del Sr. Cánovas pudiera decirse alguna vez con verdad lo que él dice del inmortal Pontífice sin razón.

No siendo pues, el liberalismo una forma política determinada, es evidente el torpísimo engaño en que caen los que refiriéndose a las personas que llaman neo-católicos, les dicen: «No sois liberales, luego sois absolutistas.» La deducción es a todas luces viciosa: únicamente sería legítima, se dijera: «No sois liberales; luego profesáis la doctrina del derecho divino de la potestad civil, ahora la ejercite un Rey absoluto, ahora el presidente de una República. No sois liberales; luego amais la libertad verdadera, la libertad de la verdad, de la justicia, del bien, aunque estas libertades resplandezcan, cosa difícil, en el seno de las instituciones populares.»

Por lo demás, no estamos conformes con el señor Tejado en el punto en que se vindica como si fuera una acusación de la nota de absolutista. Bien que la diferencia que nos separa del ilustre orador, más que en los conceptos, está realmente en las palabras. Pues si por absolutismo se entiende la absoluta carencia de límites en la autoridad soberana, ó sea lo arbitrario erigido en principio, el *stat pro ratione voluntas*, ¿quién ha de ser absolutista? ¿quién ha de querer que lo machaquen en un mortero el día que al Soberano se le antoje, como temía Voltaire que hicieran con él si fuera súbdito de algún Príncipe impío? Mas si por absolutismo se entiende lo que debe entenderse, aquel sistema de Gobierno en que el Monarca goza de una potestad absoluta, ó cuyos límites no están definidos en ningún estatuto ó carta, ó cualquier otra manera de papel, esta forma de Gobierno escelentísima, que fué también la de nuestros antiguos Reyes, cuyo carácter esencial es la Monarquía, forma de Gobierno ponderada por la mejor entre todas las legítimamente introducidas en los pueblos, por todos los mejores publicistas, incluso Aristóteles, es también la que especulativamente más nos place; y si por esta razón se nos da el nombre de absolutistas, aceptámonse con plena voluntad y gozo, como á quien le llaman aquello mismo que es y siente en su corazón como el fundamento histórico, después del religioso, de nuestras glorias pasadas y venideras.

Hemos dicho, y no se olvide este punto esencialísimo, cuyos límites no están definidos, porque en realidad ni queremos, ni apenas se concibe en lo humano, un poder sin límites. Aquí repetimos lo que decía De Maistre: «Cuando se habla de despotismo y de Gobierno absoluto (el despotismo es el Gobierno absoluto cuando degenera en arbitrario) raras veces se sabe lo que se dice. En realidad no hay Gobierno que lo pueda todo. En virtud de una ley divina, existe siempre al lado de toda soberanía una fuerza cualquiera que le sirve de freno. Será una ley, ó una costumbre, será la conciencia, será la tibia, será un puñal, pero siempre será alguna cosa.» Como un día osara decir Luis XIV delante de algunos personajes de la corte que el único Gobierno que le parecía bueno era el del Sofá, el mariscal de Estrées, si no me engaño, le respondió valerosamente: «Pero cuenta, señor, que yo he visto estrangular á tres en lo que llevo de vida. ¡Ay de los Príncipes si lo pudieran todo! Por dicha suya y por la nuestra su omnipotencia real es imposible.»

Después de hablar De Maistre no hay fuerza para proseguir. Dejemos, pues, sentado al reo en el banquillo donde le puso el Sr. Tejado, y otro día referiremos sus elocuentes acusaciones.

Leemos en La Lealtad:

«El Sr. Sanchez Asso, diputado por Navarra, ha intentado presentar la siguiente importantísima enmienda al párrafo sétimo del proyecto de autorizaciones. A la vez que tenemos la satisfacción de publicar el texto de la enmienda, no podemos ocultar el sentimiento que nos produce el ver que al pie de este magnífico documento no se hallan ciertas firmas que deberían hallarse. Hablamos por nuestra propia cuenta, y anunciamos que esto no es ni más ni menos que el principio de los dolores. La enmienda del Sr. Sanchez Asso es una necesidad para la comunión religioso-monárquica. Dice así:

«Los diputados que suscriben tienen el honor de

proponer al Congreso, que en el dictamen emitido por la comisión sobre el proyecto de ley presentado por el Gobierno de S. M. pidiendo autorización para cobrar las contribuciones y otras, después del párrafo sétimo se añada:

«Siempre que no salgan del territorio español, á no ser para sostener los derechos de Su Santidad, ó nuestras posesiones ultramarinas ó para continuar la guerra pendiente con las Repúblicas de Chile y el Perú.»

Palacio del Congreso 28 de Mayo de 1866.

En efecto, el Sr. Sanchez Asso redactó la precedente enmienda y sin ninguna firma, ni siquiera la suya, se la presentó á uno de los diputados por Navarra. Este le dijo que antes de entrar en el fondo de la cuestión, esto es, en la conveniencia ó inconveniencia, oportunidad ó inoportunidad de la enmienda, tenía que resolverse la cuestión previa de si la minoría católico-monárquica del Congreso, debía ó no presentar enmienda alguna al proyecto monstruoso de las siete autorizaciones, y que este punto no podía ser resuelto sin que los diputados de esta fracción se reunieran y lo discutieran.

A las primeras palabras que dirigió el diputado á quien aludimos, á su compañero el señor Sanchez Asso, este le manifestó que no tenía en presentar la enmienda decidido empeño; y la prueba evidente de la sinceridad de sus palabras, aparece en el hecho de no haber citado al Sr. Sanchez Asso á todos sus compañeros para tratar: 1.º de si los diputados católicos debían presentar enmienda alguna al proyecto del Gobierno; y 2.º si aun resultaba afirmativamente esta cuestión, era oportuna y conveniente la enmienda de su señoría.

Si pues nada de esto se ha discutido ni acordado, al menos que nosotros sepamos (y parece que debíamos saberlo); si, pues, el Sr. Sanchez Asso desistió de su intento á las primeras observaciones expuestas en tono de duda; si, pues, la proyectada enmienda no ha llegado á tener siquiera la firma de su autor, *La Lealtad* ha procedido en un concepto equivocado al expresarse como lo hace en el párrafo que hemos copiado. Sólo así se concibe el sentimiento honorífico que manifiesta el diario religioso-monárquico.

Hablando ahora por nuestra propia cuenta, diremos que el proyecto de las siete autorizaciones no es susceptible de enmienda, y que la oposición radical que le hace la prensa y la minoría católicas, no lo consiente en nuestro humilde concepto.

Porque el Gobierno se comprometa á no hacer salir tropas del territorio español más que para sostener los derechos de Su Santidad ó nuestras posesiones ultramarinas, ó para continuar la guerra pendiente con las Repúblicas de Chile y el Perú, ¿se le ha de facultar para llevar á cabo el reconocimiento de los cupones y otras cosas evidentemente injustas? No es lícito hacer nada malo, aunque de ello resulte algo bueno.

Fuera de eso, ¿es conveniente, es oportuno plantear por medio de una enmienda, en que no cabe más que un sólo discurso en pró, cuestión tan grave como la de acudir con las armas de España á sostener los derechos de Su Santidad, cuestión que en las actuales circunstancias sería resuelta negativamente en el Congreso; y cerrar además la puerta al Gobierno para defender el honor de la patria si se ve ultrajado por otras naciones que no sean las Repúblicas de Chile y el Perú, y para ponerse al lado de las Potencias amigas del orden en caso de un conflicto general?

Creemos más que suficientes estas ligeras indicaciones para que nuestros lectores se persuadan de que la enmienda proyectada por el señor Sanchez Asso merecía al menos por su inmensa trascendencia y gravedad muy maduro examen, antes de ser autorizada por las firmas de los diputados de la minoría católica del Congreso.

Por lo demás, escusado es decir que dicho proyecto de enmienda honra sobremanera, no solo las intenciones, sino el celo católico de que su autor está dando evidentes é irreversibles pruebas.

La Iberia ha sido el último de los periódicos revolucionarios en hacerse cargo de la ya famosa carta que la superiora de Singapor ha dirigido al director del Seminario de Misiones extranjeras de París; pero como queriendo remediar su falta, se esfuerza el diario progresista en ser el primero entre los que insultan y calumnian. Hé aquí una muestra de su artículo:

«Serán inmorales quienes así profanan los más dulces sentimientos de la naturaleza, pervertiendo el corazón de la juventud hasta el punto que revelan esas líneas que dejamos con honda pena transcritas? Repetiremos cien veces lo que en otras ocasiones hemos dicho respecto á la religión de esos hipócritas y ateos ultramontanos, jesuitas de gaban y levita, que especulan vilmente con la ignorancia y el fanatismo de unos cuantos pobres de espíritu que aun creen sus mentiras, y con el odio que ciertas gentes profesan á las ideas liberales. El Dios de los neo-católicos es un Dios clérigo; con todos sus rencores, su codicia, su incontinencia, sus preocupaciones y su grosero materialismo. La Religión para ellos es un negocio, y por un cálculo diabólico van reduciendo la hipocresía á la práctica de ciertos actos del culto externo, habiendo renunciado ya al fingimiento en obras y palabras, y siendo, por tanto, ejemplos de escándalo en sus costumbres, objeto de indignación y de vergüenza por lo que dicen y escriben.»

Así se escribe, así se nos trata. Así se trata al Clero en la católica España.

Si hay todavía algún iluso acerca de las tendencias del liberalismo y de la conducta del Gobierno, abra los ojos y vea *La Iberia*.

Del mismo número en que inserta ese párrafo han sido denunciados algunos artículos referentes á asuntos militares. El Gobierno ha autorizado en cambio la circulación de esas atroces líneas, en que se dice que el Dios de los neo-católicos es un Dios clérigo, con todos sus rencores (los del clérigo) su codicia, su incontinencia, sus preocupaciones y su grosero materialismo.

La pluma se nos cae de las manos.

Nos ha llamado la atención las siguientes líneas que hemos leído en *La Correspondencia*:

«En los presupuestos de gastos de Ultramar se introducen economías que alcanzarán á cien millones de reales próximamente. En el de la isla de Cuba se han rebajado cincuenta millones, y treinta en el de Filipinas; ignorándose aun cuánto importarán las rebajas que se hacen en el de Puerto-Rico.»

Escusado es decir que nos alegramos sinceramente de que tan considerables economías se lleven á cabo en los gastos de nuestras posesiones ultramarinas. Pero se nos ocurre preguntar, ¿si puede hacerse el ahorro de 100 millones anuales solo en este ramo sin perjuicio de la buena administración, no ha sido un verdadero desperdicio estar gastando demás anualmente esa enorme suma?

¿Tendría presente el Sr. Posada Herrera esta especie de escaso á lo cometido por los gobiernos liberales, al tronar días pasados en el Congreso contra los ominosos tiempos del absolutismo?

En los incidentes á que ha dado lugar el parlamentarismo en estos últimos días, los señores Posada Herrera y Figuerola han traído á nuestra memoria la cuestión de enseñanza é incorporación de los estudios hechos en seminario.

El señor ministro de la Gobernación, recordando sus mejores días, manifestó que en los tiempos del absolutismo, no le fueron aprobados cuatro años de filosofía que cursó, no sabemos en qué seminario; y el Sr. Figuerola se lamentaba de que hoy se cerrasen las puertas de las universidades á los jóvenes que han cursado filosofía en los seminarios.

Oigalo bien el Sr. Posada Herrera, y deduzca la consecuencia: el absolutismo de ayer, de que era víctima el escolar Posada Herrera, es en todo caso el principio del que hoy excita el absolutismo de la Unión liberal, cubierto con un manto comprado á las gentes del Sr. Figuerola: este á su vez ha olvidado la época del absolutismo dictatorial del 54 al 56, en que se cerraron los seminarios.

El Sr. Posada y el Sr. Figuerola no tienen nada que echarse en cara, porque ámbos partidarios del liberalismo han resuelto por el criterio del absolutismo la cuestión de enseñanza; tanto el actual ministro de la Gobernación como el orador de la montaña, del partido progresista, que hoy entona alabanzas á la libertad de enseñanza.

Otro día nos ocuparemos de esta cuestión, que en aras del liberalismo ha sacrificado á tantos jóvenes, negándoles la entrada en las universidades; y aunque pudiéramos añadir que nada han perdido en ello, no obstante, en el fondo hay un principio de contrariedad que es el que combatimos.

Anteayer continuó el Sr. Figuerola en el Congreso su interrumpido discurso.

Este orador tan intencionado en el decir y tan conocedor del terreno que pisa, es uno de esos revolucionarios que no gritan ni declaman, pero que envueltos en el manto de la prudencia asestaban golpes duros á las más trascendentales verdades, quedando siempre su responsabilidad en la sombra. Es uno de esos hombres que saliendo pocas veces del círculo legal, dentro de ese mismo círculo tienen habilidad para decir todo lo que les conviene. Hay ocasiones en que parece que concede algo á su enemigo, pero detrás de esta concesión va siempre el dardo que envenena.

Prueba de lo que decimos es el último discurso del Sr. Figuerola; aunque, á pesar de su habilidad, no pudo evitar dos conflictos que se sucedieron en el Congreso con motivo de algunas palabras un si es no es sospechosas, que lanzó al aire con la mayor inocencia del mundo.

Ocurriósele hablar de ciertas esferas á donde la sordidez y la avaricia no deben llegar nunca; donde parece que se forman capitales con la prevision de ciertos sucesos; donde se dan llaves doradas después de determinados viajes....

Aquí el general O'Donnell pidió que se escribieran esas palabras, y el presidente de la Cámara invitó al diputado á retirarse, lo cual hizo el Sr. Figuerola diciendo que «respetaba las altas instituciones por mas que en el fondo de su conciencia pudiese apreciar ciertas cuestiones de cierta manera.»

A pesar de este por más las palabras quedaron como si no hubieran sido dichas.

Mas adelante el Sr. Figuerola dió un tropezón con la mayoría, apostrofando de cierta manera á los individuos que la componen.

Y vuelta á la frase de ordenanza de: «pido que se escriban esas palabras.»

Solo que esto ya se dijo en medio de una confusión y de una algarabía espantosa.

El presidente llamó al orden é invitó al orador por segunda vez á que retirara sus palabras, y el orador, por segunda vez, las retiró.

Mucho nos place que en el Congreso se den estas pruebas de humildad cristiana; que personas que por sus doctrinas están apartadas de nosotros vengán á practicar nuestras propias

teorías en determinadas ocasiones. Pero no podemos menos de decir al Sr. Figuerola que, dado su liberalismo, el retirar las palabras es una falta de valor revolucionario. Vale más evitar el motivo de retirarse, no diciéndolas, pero una vez dichas por un liberal su sistema le obliga á tener la energía necesaria para arrostrar todo género de consecuencias.

Por lo demás, el Sr. Figuerola en su discusión trató las cuestiones como un progresista. Propuso que se hicieran economías suprimiendo diócesis y catedrales para levantar sin duda teatros ó monumentos á los mártires de la libertad, á esos para quienes nunca llega el perdón, como dice el Sr. Figuerola, lo que no sucede con los condes de Montemolin y otros. Estos otros serán los fusilados en Baracaldo.

El Sr. Figuerola atacó también la dictadura diciendo que era la última etapa de la Constitución de 1845.

Para nosotros la cuestión de fechas es mínima cuestión.

Siempre hemos creído que la dictadura era la última etapa del liberalismo.

Vamos á ocuparnos por última vez en la cuestión suscitada por el diario progresista *La Nación*, sobre la cátedra de filosofía del derecho.

Conste en primer lugar, que el Sr. Gener no es el blanco de nuestras acusaciones, como no lo es ninguno de los profesores, personalmente: en este punto, aunque pudiéramos dar lecciones á *La Nación*, no lo hacemos porque seguramente el diario progresista no las admitiría.

Conste, en segundo lugar, que *La Nación* no tiene ningún derecho á negar lo que nosotros hemos dicho, que el Sr. Gener no fué propuesto, más que por cuatro votos en primer lugar; siendo ocho los jueces el Sr. Gener no alcanzó el triunfo de que blasona *La Nación*; el segundo lugar no se le disputamos, pero si negamos á *La Nación*, que ninguno otro de los dignísimos opositores fueron colocados por el tribunal en primer lugar, resultando de la votación que todos eran dignos, porque á todos se les aprobaban los ejercicios, pero á ninguno otorgó el primer lugar el tribunal, toda vez que para ese lugar eran necesarias cinco notas.

Vea *La Nación* cómo es falsa su pretendida victoria sobre lo que siempre ha sostenido El PENSAMIENTO ESPAÑOL.

Conste en tercer lugar al diario progresista, que las doctrinas de Krause no son un método científico que pueda seguirse, como quien elige entre el inductivo ó deductivo, ó ámbas á la vez: las doctrinas de Krause son el panteísmo mal disfrazado, el comunismo, la negación, en fin, de Dios, del derecho, del deber y de los dogmas todos del Catolicismo.

Erija en buen hora *La Nación* una sociedad como Bélgica, donde la verdad y el error tienen los mismos fueros, y dé en ella el puesto que pueda corresponder al talento del Sr. Giner.

Entienda, por último, *La Nación*, que el Catolicismo nunca ha huido de la discusión; lo que ha negado siempre es la enseñanza del error, porque en las cátedras se enseña, no se discute; eso combatimos. En todo lo demás, ahora, como siempre, estamos dispuestos á sostener los fueros de la verdad sobre el error, del Catolicismo sobre el krausismo, que es, mal que pese á *La Nación*, la negación de Dios y del derecho.

A continuación copiamos un despacho que ayer publicaba *La Correspondencia* con tan poca exactitud, como otras muchas noticias acogidas tal vez con demasiada candidez por el citado diario:

«Esta tarde á última hora recibimos los siguientes despachos telegráficos de nuestro servicio particular:

Roma 29.—El Cardenal Antonelli se halla gravemente enfermo.

Su Santidad le ha hecho varias visitas.

No sabemos qué interés oculta *La Correspondencia*, uniéndose á los órganos revolucionarios, quienes en alas de sus instintos devastadores sueñan diariamente con nuevas noticias, ya referentes á Su Santidad Pío IX, cuya vida parece demasiado larga á los filántropos liberales, ya á la salud del Eminentísimo Cardenal Antonelli.

La mano de la Providencia, que dirige y gobierna el mundo, suele enviar elocuentísimas lecciones á los pueblos, cortando en la flor de la vida la existencia de robustos y vigorosos personajes, conservando la ancianidad, con su gracia, para la misión que está encomendada á la virtud del inmortal Pío IX. ¡Ah, si los revolucionarios dispusieran de la vida y de la muerte! Humillen su cabeza y respeten los designios de la Providencia.

El Eminentísimo Cardenal Antonelli goza de completa salud, según partes telegráficas de 31 de Mayo, sin que haya padecido más que un ligero ataque de gota.

Parece que el ayuntamiento de Consuegra trata de ceder á la corporación de religiosas franciscanas de Pastrana el ex-convento de monjas Bernardas, para establecer un instituto de su orden con la denominación de colegio.

Nosotros felicitamos al ayuntamiento de Consuegra por tan generosa oferta.

No sabemos, sin embargo, si el poder civil consentirá en que el ayuntamiento de Consuegra lleve adelante su pensamiento, y decimos esto, porque en casos análogos ciertos gobernadores de provincia se han opuesto á los demandas de algunos pueblos, cuyo fin no es resucitar las órdenes monásticas, sino crear establecimientos de caridad ó de enseñanza.

Entre otros pueblos nos consta que el ayuntamiento de Vinaroz, provincia de Castellón, se ha visto defraudado en sus esperanzas de poder contar en su hospital con algunas hermanas de la caridad, por disposición del señor gobernador de la provincia.

Estraño parece que en tiempos de liberalismo, sentimientos tan generosos como los del pueblo de Vinaroz, no puedan verse realizados.

Que esto pasara en Portugal, en las calles de Lisboa, no nos extrañaría, al fin sería la segunda vez que se silbaba á las Hermanas de la Caridad; pero en España fuerza es reclamar rigurosamente contra ciertos abusos de autoridad; hé aquí uno de los triunfos del liberalismo, negar á los pueblos el auxilio de esos ángeles de paz y bendición, envidiadas por todas las naciones no católicas.

La Democracia publica un largo artículo titulado los *Perturbadores*. En él acusa á la Unión liberal recordándola, ante otras cosas, la actitud que con motivo de los acontecimientos del 10 de Abril tomó la Unión liberal.

¿Qué memoria tiene *La Democracia*, y sobre todo qué audacia para manifestarse perturbadora ante los ojos del país? ¿Pues quiénes eran los aliados del pan-liberalismo en aquellas circunstancias? ¿no eran los demócratas? ¿no eran los unionistas unidos á los adversarios de la monarquía y propagadores de la democracia en España?

Ahi están las firmas de unos y otros, unidos y entrelazados como cariñosos hermanos.

Lo que hay de cierto hoy en todo eso es la ingratitud de los afortunados, para los que no lo fueron.

Añada, pues, *La Democracia* á su artículo las siguientes palabras: *esta es la historia de nuestros hermanos los perturbadores*.

Ha llegado á Southampton la mala inglesa del Pacífico. Hé aquí los partes telegráficos dirigidos á Madrid desde aquel puerto y la ciudad de Londres, sobre nuestra guerra con las Repúblicas americanas:

SOUTHAMPTON, 30.—Ha llegado la mala inglesa. Las noticias del Pacífico anuncian que nuestra escuadra se encontraba delante del Callao, disponiéndose á bombardear aquella plaza.

En la escuadra española no ocurría novedad. LONDRES, 30.—La escuadra española, reforzada ya con la fragata *Almansa*, bloqueaba el Callao.

Las escuadras inglesa y americana se habían trasladado al Callao desde Valparaíso.

El día 24 de Marzo se presentó la escuadra española delante del Callao, é inmediatamente dió aviso á la plaza y á los buques neutrales, de que el día 1.º de Abril empezaría el fuego contra la plaza.

En el Callao, en Lima y en las principales poblaciones, tanto del Perú como de Chile, reinaba grande excitación, promovida por el partido de la paz, que iba siendo muy numeroso.

El bombardeo del Callao empezaría luego que terminase aquel plazo, por un ataque contra los fuertes del puerto.

El Gobierno del Perú había dado un nuevo manifiesto.

Aunque atrasadas, son curiosas las noticias acerca del mismo asunto que leemos en algunos periódicos:

—En el Perú ha hecho público el ministro inglés el real decreto de su soberana concerniente á la neutralidad; añadiendo que si alguno de los súbditos de S. M. B., residentes en aquella república, se apartase en lo más mínimo de la voluntad real, ninguna protección hallaría para su conducta, ni contra los daños que le sobreviniesen, en el representante de Inglaterra.

—El *Herald*, de Nueva-York, publica las siguientes noticias de Chile relativas á nuestra escuadra:

«La escuadra española ha recibido nuevos refuerzos. Se le han incorporado la fragata *Almansa*, de 50 cañones, y las goletas *Vad-Ras* y *Consuelo*, de 2 cañones cada una. Estos buques han traído gran cantidad de provisiones y muchos pertrechos de guerra. Entre los últimos se cuentan 23 cañones rayados, del mayor calibre, para distribuirlos entre los buques de la escuadra. La *Nunancia* está recibiendo el mayor número de ellos. También han llegado 1,500 hombres de infantería de marina para el caso de que sus servicios sean necesarios en tierra. Se esperan otros buques entre ellos algunos blindados.

Acercas de los gastos que nos ocasiona la guerra en América, hallamos los siguientes pormenores en *La Correspondencia*:

«En Madrid, donde se entiende poco de marina, dice un periódico, se hacen afirmaciones portentosas. Una de ellas es que la escuadra del Pacífico cuesta al mes 45.000.000 de reales. Podemos asegurar, sin temor de que nadie nos desmienta, que desde 1.º de Julio último, hasta el mes de Marzo de este año, los desembolsos del Estado para aquellas atenciones, no han pasado de 51.000.000 de reales. Es cierto que los sueldos son dobles en América; pero téngase en cuenta que el mayor de nuestros buques, la *Nunancia*, sólo exige por sueldos y víveres un presupuesto de 7.000 duros, mensuales en la Península. En el Pacífico costará, por lo tanto, 14.000 duros pero no se olvide que si bien algunas veces se han pagado los víveres en el Pacífico más caros que en España, otras han sido entregados en Valparaíso por fragatas inglesas, que de otro modo hubieran hecho el viaje en lastre, al mismo precio que si se hubiesen trasbordado en la bahía de Cádiz. Nuestra escuadra costará en España unos 22.000.000 de reales al año, y no llega á 40 el total de lo que se paga en el Pacífico anualmente por todos conceptos. Es cierto que el carbón se ha pagado en ocasiones tres veces más caro que en Europa; pero nuestros marinos son tan mirados en el gasto de combustible, que desde 1.º de Setiembre sólo se han consumido mil y pico de toneladas en los via-

jes de Abtao, y esos durante los días en que las calmas no permitieron navegar a la vela.

Resu ta por lo tanto que no escede de setenta y cinco mil duros mensuales la diferencia entre lo que cuesta nuestra escuadra del Pacifico, y lo que costaría armada en los puertos de España.

En la guerra con el Perú desde que salieron de Cádiz la *Resolución*, la *Triunfo* y la *Conadonga*, hasta que se formó el tratado Pareja-Vivanco, se habían gastado quince millones de reales, a los que hay que agregar veinte que constituyen el valor de la *Triunfo*, la cual hubiera podido incendiarse en cualquier otro punto como ha sucedido últimamente a algunos buques de guerra ingleses; y contra esos treinta y cinco millones de reales, hemos cobrado del Perú tres millones de pesos. La *Conadonga* había costado cuatro millones de reales escasos; y en cambio hemos apresado tres vapores y varias fragatas mercantes, cuyo valor no es despreciable.

Un diario noticiero da las noticias siguientes acerca de la crisis:

—El tema actual de todas las conversaciones es la averiguación de la persona que en definitiva ha de sustituir al Sr. Alonso Martínez. Mientras unos aseguran que el Sr. Cánovas quedará en propiedad al frente del departamento de Hacienda, otros insisten en que este puesto se reserva al señor Salaverria, y otros hablan del Sr. Santa Cruz ó el Sr. Ardanaz.

Volvemos á insistir en que nada hay acordado respecto á la persona que se ha de encargar en propiedad del ministerio de Hacienda, y que solo despues de aprobado el proyecto de autorizaciones, proyecto que, dicho sea de paso, tiene mayoría, no sólo en el Congreso, sino en el Senado, será cuando se dará en propiedad aquel importante puesto.

—Ayer en algunos círculos políticos y tambien en algun periódico de oposición se ha hablado de la posibilidad de que el Sr. Posada Herrera deje de formar parte del Gabinete actual. Esta es una nueva invención como otras muchas. Ya no se puede hablar del ministro de Hacienda, y la toman con el de la Gobernación.

—Continúan los periódicos echando á volar nombres y combinaciones á consecuencia de la salida del Sr. Alonso Martínez. Hemos dicho ayer y repetimos hoy que mientras no se termine la discusión del proyecto de autorizaciones no se ocupará el Gobierno de proveer la cartera de Hacienda.

—Segun *La Epoca*, se ha hablado de una reorganización del Gabinete, de cuyas resultas entraría en el ministerio el Sr. Rios Rosas, como elemento principal, por cuyo medio quedaria desarmado el partido progresista. Es posible que de ello se haya hablado: nada de ello habíamos oído; y lo que es en estos momentos creemos que no tiene fundamento alguno esta especie.

El 30 á las dos de la tarde salió de la bahía de Cádiz el vapor-correo *Infanta Isabel*, conduciendo la correspondencia pública y pasajeros para las Antillas.

—Alas siete y veinte minutos de la mañana del 30 salió del Ferrol para Cádiz la fragata *Concepción*. Conduce al capitán general de aquel departamento, que va con licencia á aquella capital. Ha quedado encargado del mando el comandante general del departamento.

—Ha salido del puerto de Cartagena la fragata acorazada española *Tetuan*. Las pruebas maritimas que se han hecho de este buque, no han podido ser más satisfactorias: anda de doce y media á quince millas por hora.

El Sr. Zabala ministro de Marina irá á inspeccionar esta fragata y al propio tiempo visitará el dique flotante que se está construyendo en el puerto de Cartagena desde 1855. Este dique dice *La Correspondencia* ha costado ya muchos millones y será capaz de contener seis buques blindados de alto bordo.

—El Sr. Alonso Martínez se fué el sábado á Leganés con su familia y probablemente permanecerá allí de temporada, sin perjuicio de asistir al Congreso cuando lo tenga por conveniente.

—Aunque no creemos que interese gran cosa á nuestros lectores, diremosles que el Sr. D. Pascual Madoz ha dirigido á *La Nación* un extenso comunicado, rechazando lo dicho por el Sr. Alonso Martínez en el Congreso, y por *El Espíritu Público* en la prensa sobre su actitud cuando fué ministro de Hacienda respecto al asunto del reconocimiento de los cupones.

—La *Correspondencia* niega la noticia dada por *El Pabellón Nacional*, relativa al nombramiento de D. Mauricio Lopez Roberts para director de la deuda, así como que se haya tratado en Consejo de ministros de nombrar para un alto puesto al señor Escosura.

—Un diario ministerial asegura que no es cierto que los Gobiernos de París y Londres hayan hecho reclamaciones por los perjuicios que sus respectivos súbditos han sufrido con el bombardeo de Valparaíso.

—El miércoles se leyó en el Senado el proyecto de ley sobre demarcación de límites entre Francia y España desde el valle de Andorra al Mediterráneo, cuyo trabajo ha sido llevado á efecto por los comisionados que en su día nombraron al efecto los dos Gobiernos interesados.

—El capitán general de Cataluña revisó el lunes en Barcelona las fuerzas que guarnecen la plaza, cumpliendo con lo prevenido en una reciente Real orden.

En el mismo día se inauguraron en aquella ciudad las exposiciones de bellas artes y ganados, presidiendo ámbos actos las autoridades, y acudiendo muchas personas á los respectivos locales.

—La *Correspondencia* vuelve á negar que tenga el menor fundamento la noticia de la supresión del ministerio de Ultramar.

—Entre los nombramientos de gentiles hombres hechos últimamente se cuentan los señores marqueses de la Encomienda, de Santa Cruz de Inguanzo y señor de Vivel, y los señores D. Francisco Sepúlveda, D. Antonio Rentero y Villa y don Joaquín Auton.

—Doce son hasta ahora las enmiendas presentadas al proyecto de ley de autorizaciones, las cuales se discutirán y serán defendidas en el orden y por los señores siguientes: 1.º, Sr. Candau; 2.º, Cuesta; 3.º, Herrera; 4.º, Udaeta; 5.º, Cardenal; 6.º, Ballester; 7.º, Perez de Molina; 8.º, Udaeta; 9.º, Catalina; 10, Camprodon; 11, Capua; y 12, conde de San Luis.

—Dice un diario ministerial que siguen los trabajos de la Real casa para obtener economías en los gastos. El sábado último hubo una junta de jefes de palacio para acordar las que todavía pueden hacerse para disminuir los gastos del Real patrimonio.

—La comisión que entiende en los auxilios que pueden prestarse á los ferro-cariles no se ha reunido aun, porque habiendo deseado oír al ministro de Hacienda y habiendo salido del ministerio el señor Alonso Martínez, no ha fijado aun el momento oportuno, el Sr. Cánovas del Castillo.

—Las autoridades de Bilbao han tomado las medidas oportunas para evitar que las embarcaciones procedentes de Amberes fondeen en aquel puerto mientras dure en Amberes la epidemia cólica que en la actualidad se ha desarrollado en dicha población.

—Ha sido aprobada la creación de una escuela de niños en Villanueva de Cameros, provincia de Logroño, con los 6,000 escudos que ha producido la suscripción abierta al efecto por D. Juan Ramon Martínez.

J. L. O'Sullivan, ministro americano que fué en Portugal, ha publicado en el diario inglés, el *Standard*, un largo artículo defendiendo el bombardeo de Valparaíso, contra los señores ingleses, acostumbrados á criticar severamente en los demas lo que ellos hacen con aumento cuando les parece.

La *Gaceta* anuncia que hoy se abre el pago de los haberes correspondientes al mes de Mayo de las clases activa y pasiva que cobran por la tesorería central.

Mientras tanto en provincias se deben una porción de mesadas.

Los liberales, sin embargo, dicen que vinieron á echar por tierra los privilegios.

Segun dice un corresponsal en Madrid de un diario de provincias el plan de economías que se supone que está arreglando el Gobierno, abarca la nivelación del presupuesto, la reducción de los funcionarios públicos; la de distritos militares y la de provincias.

El mismo corresponsal refiere que la Reina ha dicho á O'Donnell que firmará cuantos nombramientos de senadores crea este necesario.

¿Cómo los periodistas traen y llevan á los Reyes en estos felices tiempos que alcanzamos!

La *Reforma* recuerda hoy al Gobierno que puede enagenar las minas del Estado cuya venta produciría al Tesoro centenares de millones, que deberían invertirse en enjugar la deuda flotante.

El Gobierno, perdónenos *La Reforma*, no necesita de este recuerdo. Por lo demás, el sistema que se propone tampoco es nuevo.

Le han seguido desde que el mundo es mundo todos los hombres arruinados.

Niega *La Correspondencia* que la mayoría del Congreso estaba dispuesta el miércoles á dar un voto de censura contra el Sr. Rios Rosas.

Con perdón del diario noticiero, diremos que la mayoría, no sólo estaba dispuesta, sino que tenía firmada la proposición. Hay más, y es que es fácil que los acontecimientos del Congreso muevan hoy á la mayoría á presentar la proposición del miércoles.

Un diario ministerial dice que la negociación con Fremy no ha costado al Gobierno cantidad alguna por corretaje de ningún género.

La deuda flotante del Tesoro importaba en 1.º de Mayo, segun el estado que publica hoy la *Gaceta*, 147.865,689 escudos y 865 milésimas.

El periódico noticiero insiste en asegurar que está asegurado el pago del semestre en el exterior, y que se cuenta con recursos para atender al pago del mismo semestre en el interior.

Si esto es cierto, no lo ha de decir *La Correspondencia* ni nosotros, sino los tenedores de papel de Santander y de Bilbao.

Con fecha del 21 de Mayo nos escriben de San Mateo lo siguiente:

«El Ilmo. Sr. D. Benito Villamitjana, dignísimo Obispo de Tortosa, se halla recorriendo los pueblos de este maestrazgo ocupado en la Santa Visita, y en administrar el Santo Sacramento de la Confirmación. Su acendrado amor por la salvación de las almas no le permite descanso, ni evita fatiga por penosa que se le presente. Los habitantes de estas montañas, que así lo conocen, le corresponden con oraciones las más espontáneas demostrándole afectuoso cariño y respeto como hijos obedientes y sumisos. Oyen sin cesar de sus autorizados labios reproducir el divino precepto, «amaos unos á otros» y la obediencia á las legítimas autoridades es lo que más recomienda. Guiado de un espíritu evangélico, corrige sin ofender, amonesta con prudencia, y aconseja al menesteroso con el fervor de la caridad que le es característica y propia de su ministerio. Su trato dulce y bondadoso concilia el carácter de su elevada autoridad, y consigue con esta mansedumbre que las gentes le hablen de sus escrúpulos, pidan consejo y obtengan su bendición. El 20 del actual Mayo viniendo de la Jana hizo su entrada en San Mateo permaneciendo hasta el 25, en que marchó á Chest regresando el 24, y siguió sin descanso á la Salsadella de donde se trasladó el mismo día á Tírig con objeto segun se dice de continuar la práctica de su sagrada misión en los pueblos de partido de Albocacer y luego venir á parar á Morella el día del Santísimo Corpus Cristi. Se ignora si despues

regresará á la capital de su diócesis. Dios le asista en su trabajosa carrera y le guarde muchos años para bien de las almas y de la causa pública.»

ÚLTIMAS NOTICIAS.

CONGRESO.

El Sr. Salaverria, usando de la palabra para alusiones personales, ha contestado al discurso del Sr. Figuerola. Ha rectificado este señor diputado, y consume el tercer turno en pró del proyecto de autorizaciones el Sr. Navarro.

Hasta ahora pasa la sesión sin ocurrir cosa alguna notable.

CORTES.

CONGRESO.

PRESIDENCIA DEL SEÑOR RIOS Y ROSAS.

Extracto de la sesión celebrada el día 30 de Mayo de 1866.

Se leyó y aprobó el acta de la anterior. Continuó la discusión pendiente sobre el proyecto de ley de autorizaciones.

El Sr. FIGUEROLA continuó su interrumpido discurso en contra del dictamen de la mayoría de comisión, y resumió el capítulo de cargos que dirigió en la sesión de ayer á la administración de la Union liberal, sosteniendo que su política se había distinguido por la debilidad, la indecisión y las contradicciones tanto en el interior como en el exterior. Al efecto citó la guerra de Africa, la expedición de Méjico, la anexión de Santo Domingo y los demás actos de la política exterior de la Union liberal.

Aseguró que Santo Domingo se había perdido por la imprudencia de los hombres que mandó á dicha isla el gobierno de la Union liberal y señaladamente el Arzobispo que antes que católico había querido ser español.

Dijo que el ministerio anterior al entrar en el poder tuvo en su mano el hacer la paz ó la guerra con Chile, pues tenia en su mano las notas de Tavora y de Pareja.

Hizo un ligero examen de las administraciones que sucedieron á la primera de la Union liberal.

Manifestó que el general O'Donnell tenia las cualidades de perseverancia y frialdad, muy superiores al arrebato del general Narvaez, y á la indolencia del general Espartero; pero aquellas cualidades quedaban anuladas por el inmenso defecto de no tener plan fijo y apoyar un día lo que combate otro.

Dijo que la Union liberal entró esta vez en el poder, queriendo ser popular é hizo el reconocimiento de Italia y consiguió en parte la cesión de los bienes por los Obispos. Pero desde allí ha ido siguiendo el camino anti-liberal, hasta llegar á las leyes de asociaciones y de imprenta y á los estados de sitio.

«Pide el Gobierno, prosiguió, la autorización para aumentar la fuerza armada por los conflictos interiores que tema? En ese caso negad la autorización que pide; pues si amenazan conflictos, lo necesario será disolver el ejército. Así lo comprende el general O'Donnell. Pues qué, ¿no está mandando á Filipinas la mitad del ejército? Ah, señores! Triste condición del puesto que ocupa el general O'Donnell! El, que está convencido como yo de la dificultad que encuentra en el ejército, pide autorización para aumentarle. Señores, aunque estuviera aquí el general Espartero ó el conde de Reus, yo diría: es necesario disolver el ejército. No se salvará el país mientras no entremos en un período de tranquilidad.

Ved lo que estáis haciendo con ese proyecto: dar bandera á la revolución. No confundamos la revolución con el motín. Fuerza y actitud tendrá el general O'Donnell (si es maestro en sublevaciones) para reprimir motines; pero la revolución que todos vemos, y el general O'Donnell el primero, es un suceso que por sí mismo se presenta y que se elevará á 20 codos sobre la estatura del general O'Donnell.

El general O'Donnell, en su actual período se ha valido del estado de sitio. ¿Qué es el estado de sitio? Dice el Sr. Posada Herrera que á medida que crece la resistencia debe crecer la potencia, y que el estado de sitio no se define. Es decir, que el estado de sitio es la arbitrariedad. ¡Y hablarse luego de ser ministros constitucionales! ¡Y direis que aquí venimos á hacer leyes, esas leyes de que ayer, en forma juglaresca, hablaba un individuo de la mayoría! El general O'Donnell, al oírlo, bajaba los ojos y se avergonzaba de una amistad tan ofensiva; pero es mengua que de esos bancos no se haya levantado una voz que condenara esos discursos. El Sr. Posada decía: «á estos bancos no llega el estado de sitio, y el mismo día el fiscal suprimía mis palabras en un periódico. En ese estado de sitio ficticio para los paisanos no rigen las doctrinas que en el verdadero saben los militares aplicar hidalgamente.

Dice el presidente del Consejo: «ante una insurrección armada, mi deber es sofocarla.» Es verdad; pero si se sofoca arbitrariamente, si el poder se sale de la ley, en el mero hecho de salirse de ella se pone en la misma condición de los sublevados. La única autoridad que tiene el Gobierno para sofocar una rebelión es el derecho; revolucionariamente no la tiene. Porque obrar revolucionariamente es arrojar el arma única que se posee y ponerse al nivel del adversario. No digais que se vela la estatua de la ley para salvarla. ¡Buena manera de salvar la virginidad de la ley, atacando esa virginidad! En el estado de sitio, señores, la autoridad militar se convierte en tribunal donde el acusado es reo, la convicción se forma ántes que el examen, y muchas veces la pena precede á la sentencia. A veces el estado de sitio comienza á surtir sus funestos efectos aun ántes de declararse.

El 3 de Enero, en Barcelona, una fuerza de millones asesinaba á una multitud indefensa. Aun no se había publicado el estado de sitio. Personas inofensivas murieron allí. Ha sido castigado ese crimen? No; el presidente del Consejo recomendaba semejantes hazañas á las autoridades de Zaragoza. Cuando se presentó luego el comandante de los mozos de la escuadra en un café, todos los concurrentes, caballeros, señoras y militares de-

jaron el café. Salieron despues los mozos de la escuadra á Sabadell, y todos los cerraron sus puertas, y luego en Tarrasa. Ah, si en toda España cuando se presentan casos semejantes se hiciera lo mismo!... Pero aquí, donde impunemente se dice que no se morirá de empacho de legalidad, y aquí donde se buscan votos para anular las leyes, ¿cómo queréis ser libres?

En Madrid un paisano asestó una nabajada á un guardia civil, y fué preso. El guardia curó á los pocos días. Si aquel paisano hubiera sido sometido al tribunal ordinario competente, por el Código penal, por la ley que le amparaba, se le hubiera impuesto menos de siete meses de arresto.

Ese paisano, sin embargo, ha sido fusilado. ¿Por qué? Porque se dice que los ataques á la Guardia civil son como los ataques á un centinela. Pero ¿dónde está esa pena de muerte considerando como centinelas á los guardias? En el reglamento. ¿Y quién ha escrito ese reglamento, usando de facultades que sólo las Cortes con el Rey puede ejercer? La generosidad é hidalguía del guardia herido fueron grandes: fué llevado á rueda de presos para ver si conocía al paisano. Dijo que no le conocía, que no le veía; el infeliz paisano, impresionado, se arrojó á sus pies para darle gracias por su generosidad. Y en esta escena, que á todos vosotros hubiera enternecido, aquel fiscal, sediento al parecer de sangre española, no veía más que el medio de hacer constar el hecho. Esa complacencia felina con que se restregaba las manos aquel que iba á llevar al suplicio al pobre zapatero, os puede ser referida por el hijo del inmortal poeta Ventura de la Vega. Se dice que la ley le condenaba: ¡Ah! señores, para los que se sublevaron en nombre de una tendencia liberal nunca llega á tiempo el perdón. Para los condes de Montemolin y otros están siempre dispuestas las amnistías.

Se ha dicho que unos sargentos en Alcalá habían querido soltar el presidio. Señores: del sumario no resulta semejante hecho; y tengo la comisión especial del general Prim para decir que el hecho es falso, falsísimo.

El Sr. PRESIDENTE: El orador habrá observado la reserva que se ha impuesto el presidente hasta ahora. Yo espero que S. S. dará á su discurso la dirección conveniente para evitar las censuras que impone el reglamento á los que vierten especies peligrosas.

El Sr. FIGUEROLA: Voy á concluir con la parte política. Cuando leéis los horrores de la revolución francesa, os horripilais al pensar que existía la ley de los sospechosos. Pues bien: estamos ya bajo la ley de los sospechosos. Dice el *Boletín oficial* que tengo en la mano:

«D. Matías Landa y Lagarej, ayudante del batallón provincial de Gerona, núm. 57, Fiscal de la comisión militar de esta plaza.—Habiéndose aumentado de la villa de Palamos, en la noche del 16 del presente mes, N. N., y de la de San Feliu de Guixols el conocido por N. N., á quienes estoy procediendo por sospechas de que han conspirado contra el orden público; usando de la jurisdicción que la Reina nuestra Señora tiene concedida en estos casos á los oficiales de su ejército, por el presente llamo, cito y emplazo por primer edicto á los dichos N. N., señalándoles el cuartel de San Francisco de esta ciudad, donde deberán presentarse personalmente dentro del término de 30 días, que se cuentan desde esta fecha, á dar sus descargos y defensas; y de no comparecer en el referido plazo, se seguirá la causa y se sentenciará en rebeldía por el Consejo de guerra por el delito de que son acusados, sin más llamamientos y emplazamientos, por ser esta la voluntad de S. M.»

No es esto solo: hay sentencias sobre esta misma base. D. Fermín Arias ha sido condenado ¿por qué delito? Decía la acusación: «Está convencido de ir en cuadrilla en actitud sospechosa de criminalidad.» Señores, no se trata de indicios sino de sospechas. A esto hemos llegado; para esto se pide la autorización; atrevemos á concederla.

Si el señor presidente me concede algunos minutos de descanso, lo agradeceré.

El Sr. PRESIDENTE: Puede V. S. descansar algunos minutos.

Trascurridos diez minutos, dijo El Sr. FIGUEROLA: Señores, empiezo dando gracias al señor presidente por la benevolencia que ha tenido conmigo. Abusando de vuestra atención me he ocupado esta tarde por largo espacio en el examen de los actos de la Union liberal. Es triste suerte de los oradores que tomamos parte en esta discusión tener que hablar de diversidad tan grande de materias, que es imposible estar en todas al mismo nivel de conocimientos.

El Gobierno nos pide una autorización para cobrar é invertir las rentas públicas, para imponer un descuento á los empleados y para hacer las economías posibles en los gastos, aunque sean de los establecidos por leyes especiales.

La primera de esas autorizaciones se ha pedido y se ha dado muchas veces, pero no ha estado fundada siempre: en algunas ocasiones las ha hecho necesarias la premura de tiempo; pero hoy no sucede eso, y lo que hoy se pide viene á ser el descuido del Gobierno representativo. Hace tiempo se pidió por el Sr. Madoz, que á fin de que los presupuestos pudieran discutirse, se variase el año económico; se ha conseguido esto, y sin embargo ahora tampoco hay tiempo para discutir los presupuestos, sobre todo en el Senado, que en nuestro país tiene un derecho indudable á hacer reformas en ellos.

¿Y qué significa esta autorización? Esta autorización viene á decir como en son de burla, que de las Cortes no pueden salir las economías; y que aquí por los intereses de localidad se desatienden los intereses generales, siendo así que siempre hacen las Cortes alguna economía, que el Gobierno despues deja ilusoria por medio de un crédito extraordinario.

Y no se diga que aquí no se proponen economías; se han propuesto por el Sr. Nocedal, y yo me uno á S. S. para proponer más. No dejéis cinco Universidades, suprimidas todas y declarad libre la enseñanza; suprimid, no provincias, como dice el Sr. Nocedal, pero sí diócesis y catedrales; suprimid tambien tribunales, que hay en exceso; y con todo esto obtendréis mejoras para la administración y economías para el Tesoro.

Pero ¿qué economías podreis esperar de un ministerio que viene á pedirnos autorizaciones, des-

autorizándonos? El ejemplo lo tenéis en los presupuestos del año anterior y los del próximo; ámbos tienen la misma cifra, y sin embargo hay muchos gastos que han cesado desde el año anterior. Lejos de haber economías, hay pues un exceso de gastos, sin que sea por esas mejoras que se han hecho, y que eran consecuencia de leyes especiales. No es, pues, necesario, señores ministros, que se os concedan esas autorizaciones, para las cuales sois inhábiles é impotentes. Es imposible que obtengais la nivelación de los gastos, sin que hagais que los créditos de ejercicios cerrados no vayan al presupuesto siguiente, sin tener en el marcado los signos con que han de cubrirse.

No hablaré del descuento gradual. Mi digno compañero el Sr. Candau lo hará mejor que yo al sostener una enmienda que ha presentado.

Las otras autorizaciones se refieren al crédito y al arreglo de ciertas cuestiones. Señores, hemos tenido crédito; la Union liberal ha tenido crédito, pero ha sido la consecuencia de los magníficos sucesos de 1854 á 56. Nuestro consolidado subió hasta 54 por 100; la Caja de Depósitos llegó á tener 1,800 millones de reales; la deuda flotante se servía con gran facilidad y nunca á más de 6 por 100; el ministro tenia en la mano subir ó bajar el interés del papel, alzando ó bajando el interés de la Caja de Depósitos.

¿Qué se ha hecho de nuestro crédito? ¿Quién le ha perdido? La Union liberal, abusando extraordinariamente de él. Los ministros que han sucedido al Sr. Salaverria han estado constantemente abrumados con las reclamaciones de la Caja de Depósitos. Los déficits son ya patentes, y ascienden á 900 millones, y esto despues de haber enjugado otros déficits con los medios que se destinaban á la Caja de Depósitos. ¿Cómo he de dar yo ahora los medios que se piden para esa Caja, si presumo que se hará con ellos lo que se ha hecho otras veces? Además, ¿puede usarse del crédito cuando no le hay? Esto es una locura. El Sr. Alonso Martínez os propuso aquí hace tiempo la creación de un Banco, del cual yo no he de decir más sino que S. S. no ha examinado documentos ningunos, que se ha fiado de la palabra de uno que se decía ser representante de otros, y que quiso crear un establecimiento garantido por el *National Bank*, el *Union Bank* y la casa Overend Garney y compañía, que han quebrado despues, y que lejos de traernos aquí un solo scheling, hubieran tratado de sacarnos el poco metálico que tenemos.

Pero además, ¿qué sistema corresponde ese Banco? A ninguno; desde el día que se supo la triste historia de ese Banco debió retirarse ese Gabinete; yo no dudo de su probidad; pero ha sido tal su torpeza, que autoriza á los cavilosos á dudar de ella.

No bastaba esto, y ahora quiere el Gobierno emitir consolidado hasta obtener 1,200 millones. El año anterior el Sr. Barzanallana acudía á un anticipo forzoso, y hoy se acude á un préstamo; ¿sabéis lo que sucederá al fin? Que vendrá la circulación forzosa de los billetes. Hoy pedis prestado en malas circunstancias, y aunque no pidáis hoy, todo el mundo sabrá que necesitáis dinero: ¿cuánto mejor no es aceptar el sistema del Sr. Moyano! Esa emisión no puede hacerse ventajosamente mientras no se nivele el presupuesto.

Habéis querido arreglar los cupones; ya hace algunos años, en 1853, que yo indiqué que era preciso arreglar la cuestión de los cupones, y el Sr. Salaverria, ministro de Hacienda entonces, me dijo que era una cuestión resuelta: sin embargo, su señoría no tuvo valor en esa cuestión para darle una solución ventajosa; puso un «visto en el expediente, y en esas cuestiones digo yo lo que decía el Sr. Pacheco: «toda cuestión que en derecho no se resuelve vuelve;» y los cupones han vuelto.

Yo no trataré la cuestión de justicia que tan bien trató el Sr. Nocedal; pero yo digo que es menester que los hijos no nieguen las deudas de los padres; y sin embargo, lo cierto es que vosotros no habreis reconocido eso por un espíritu de justicia, sino porque os habéis visto obligados á ello.

El Sr. Salaverria se ha irritado en la cuestión de las amortizables, y la irritabilidad de S. S. nos ha traído toda la complicación presente. De unas operaciones de Bolsa forzadas por un particular ha nacido todo esto; porque la cuestión de las amortizables ha dado cuerpo á la cuestión de los cupones, que de fijo no le hubieran tomado si se hubiera arreglado la cuestión de las amortizables y la deuda de 1851 con Holanda; papel que autoriza sospechas que yo alejo por completo del banco ministerial; pero que llegan á ciertas esferas donde la sordidez y la avaricia no deberían llegar nunca; donde parece que se forman capitales con la previsión de ciertos sucesos; donde se dan llaves doradas despues de determinados viajes.

El señor presidente del CONSEJO DE MINISTROS: Pido que se escriban las palabras que el orador acaba de pronunciar.

El señor PRESIDENTE: El Sr. Figuerola se servirá explicar esas palabras que necesitan una explicación muy concreta y muy terminante.

El Sr. FIGUEROLA: Podría explicarlas cuando concluyera mi discurso, en uso del derecho que me concede el reglamento. Sin embargo, para que vea S. S. que no deseo impresionar á la Cámara, debo indicar que yo no he dicho más que lo que dicen los periódicos, cuya impresión he recibido.

El señor PRESIDENTE: Permitame V. S.: usia ha usado de expresiones que pueden referirse á altísimas instituciones, á altísimos lugares y altísimas personas. Si hubiera sido la intención de usia referirse á esos lugares y á esas instituciones, á aquello que no es discutible, porque es inviolable, á aquello que es más que inviolable, puesto que por la Constitución es sagrado, estaría en el caso, como V. S. mismo conoce, de haber cometido una falta digna de una severa corrección disciplinaria.

En esta hipótesis, S. S. reconocerá perfectamente que pudiendo ser objeto sus palabras de una interpretación de este género, S. S., como hombre monárquico, como respetuoso hacia altísimas instituciones, como respetuoso á la autoridad del Congreso, está en el caso de dar las más satisfactorias explicaciones.

Ciertamente S. S. tiene derecho para dadas des- puestas de terminados u discurso; pero como esto, aunque sería seguir los estrictos trámites del re- glamento, colocaría a S. S. en peor situación que la que ahora ocupa, el presidente de la Cá- mara, siguiendo la costumbre recibida, se ha per- mitido interrumpir al orador contando con su prudencia, con su moderación, con su espíritu monárquico, con su deseo de conciliación, que ha mostrado otras veces, y por lo cual la Cámara le ha hecho plena justicia en otras ocasiones.

El Sr. FIGUEROA: Señor presidente, doy gra- cias á S. S. porque es tal su habilidad, que ha planteado la cuestión en una hipótesis que yo no he sostenido. Yo no he atacado altas instituciones. De ninguna manera: tengo un lenguaje bastante claro para dejar que se conociese si yo quería ata- carlas; pero esas altas instituciones son más res- petables para mí que para el ministerio, que viene aquí á infringir la Constitución de 1845; yo la respeto profundamente, porque ese es mi deber, por más que yo pudiese en el fondo de mi conciencia apreciar algunas cuestiones de cierta manera: pero yo no he atacado ninguna institución; he he- cho si indicaciones á sitios elevados, pero no á instituciones altas, no á personas inviolables. Qué, la *llave dorada*, ¿es una institución?

El señor PRESIDENTE: Perdón V. S.; hay puestas que se dan por una institución y por una persona sagrada é inviolable, y que ni de los actos ministeriales ni de los que ejecuta en lo interior de su casa es en ningún caso responsable.

El Sr. FIGUEROA: Retiro la palabra y repito que mi intención no ha sido, ni creo que pueda ser en el ánimo de los señores diputados, aludir á actos ejecutados por personas inviolables, ni ha pasado esto por mi imaginación. Lo que si he que- rido ha sido censurar abusos que pueden existir en regiones que están á la altura de mi crítica. Creo que es todo lo que puedo decir.

El señor PRESIDENTE: S. S. puede continuar, y creo que S. S. hará la justicia que cree merecer el presidente en el incidente que ha pasado.

El Sr. FIGUEROA: La hago absoluta y com- pleta; y siento más, señor presidente, dar lugar por mi parte á que se lastime su salud, bastante de- teriorada, con tener que levantar la voz: vea el señor presidente si ha de ser esto sensible para mí, que no he tenido ni tengo la intención más ligera de molestarle.

Decía, señores, que la cuestión de los cupones debía resolverse, y que le había dado cuerpo la cuestión de las amortizables. Pero es este el mo- mento de resolverla? No se han dejado escapar ocasio- nes de hacerlo en mejores condiciones? Esta cuestión ha venido aquí por necesidad, y hasta se ha dicho que las opiniones del señor presidente del Consejo de ministros eran: que S. S. no votaría á nadie esa autorización que iba á hacer que á él le votase la mayoría.

Yo tengo aquí un estado sacado del expediente, y una fecha en la que Mr. Edward ofrecía que los 7 millones de libras esterlinas, que representan próxi- mamente los cupones existentes en Londres y Am- sterda, ó sean 700 millones de reales, fueron can- biados por un millón de libras esterlinas; es decir, por la séptima parte precisamente, saliendo su con- versión á un 45 por 100, y verificándose su amori- zación al tipo de 24 por 100.

Hubo un ministro, el Sr. Llorente, que en una ocasión quiso resolver esta cuestión: lograba rea- lizarla al 10 por 100; el Sr. Llorente tuvo sobre sí una desgracia, que fué la impresión excitada en el país por la cuestión de los cupones, y el Sr. Llo- rente no pudo llevar á cabo lo que hubiese rea- lizado en beneficio del país, ya que el Sr. Bravo Mu- rillo había dejado suelta esta cuestión en la ley pa- ra el arreglo de la Deuda. Hoy ha venido esta cues- tion, señores diputados, y yo he de decir muy pocas palabras; ha venido aquí esta cuestión de una ma- nera lastimosa, ha venido por necesidad... (Rumores en los costados del salón.)

El señor PRESIDENTE: Orden. Los señores que están de pie ahí, están para escuchar y no pa- ra hablar ni interrumpir al orador; para hablar, á la sala de conferencias. Continúe V. S., Sr. Figue- rola.

El Sr. FIGUEROA: He venido aquí por necesi- dad extrema, y si no hubiese visto también en los periódicos, si no hubiese oído de boca del se- ñor Cardenal y de un antiguo compañero mio constituyente, el Sr. Ruiz Gomez, palabras pro- nunciadas en el salón de conferencias, no me atrevería á creer lo que se ha dicho en este Pa- lacio.

Señores diputados: el señor presidente del Con- sejo de ministros tiene opiniones tales, que á na- die, absolutamente á nadie le hubiese votado la autorización para el arreglo de los cupones; á na- die absolutamente; pero él os impone á vosotros, individuos de la mayoría, que le voteis los cupo- nes. ¿Por qué? Porque no hay otro remedio; ese es el *sans facon* del señor presidente del Consejo de ministros: esa es la degradación de la prostitución: exigir de la dignidad de los hombres de la mayoría, que voten lo que él no votaría á ninguno de la mayoría, es querer que pasen como rame- ras por las calles. (Grandes muestras de agitación; diferentes señores diputados se levantan reclamando contra las palabras del orador. Momentos de confusión.)

El señor PRESIDENTE: Señor diputado... El Sr. BARCA: Pido que se escriban esas pa- labras.

Varios señores diputados: Si, que se escriban esas palabras; que se escriban.

El señor PRESIDENTE: Orden. Los señores di- putados se servirán respetar la autoridad del pre- sidente, órgano del Congreso, que para eso está aquí. Orden.

Invito al orador, y le invito con el mayor senti- miento, porque es la segunda vez que tengo nece- sidad de hacerlo, á que una palabra mal sonante de S. S., que pasado el calor de la improvisación reconocerá que tiene ese carácter, se sirva reti- rarla.

El Sr. FIGUEROA: La retiro, señor presidente, y siento haber impresionado á la Cámara de esta manera, partiendo de una suposición nacida del lenguaje del señor presidente del Consejo de mi- nistros. Concluyo: acaso hubiera molestado más tiempo vuestra atención; pero atendido lo avanza- do de la hora....

El Sr. BARCA: Pido que se lea el art. 145 del re- glamento.

El señor PRESIDENTE: Orden: el señor diputado ha retirado la palabra: se va á leer la disposición reglamentaria.

El Sr. BARCA: Señor presidente, estoy en mi derecho: insisto en pedir la lectura del art. 145 del reglamento.

El Sr. PRESIDENTE: Sirvase V. S. leer el ar- tículo, señor secretario.

El señor secretario (Romero Robledo) leyó el ar- tículo 145 del reglamento, que dice así:

Art. 145. Si se prolija alguna expresión mal sonante ó ofensiva á algún diputado, este podrá re- clamar luego que concluya de hablar el que las prolija; y si este no satisface al Congreso ó al di- putado que se creyere ofendido, mandará el pre- sidente que se escriba por un secretario; y si hu- biere tiempo se deliberará sobre ella en el mismo día; y si no, se dejará para otra sesión, acordando el Congreso lo que estime conveniente á su propio decoro y á la unión que debe reinar entre los di- putados.

El señor PRESIDENTE: Aun antes de pasados to- dos los trámites en este y en otros artículos del reglamento se establecen para casos como el actual, el orador ha retirado á invitación del pre- sidente lisa y llanamente la palabra. De consi- guiente, no hay necesidad ni objeto para continuar este incidente: V. S. (dirigiéndose al Sr. Figue- rola), está en su derecho; puede continuar en el uso de la palabra, seguro de que el presidente le sostendrá en su derecho.

El Sr. FIGUEROA: Estoy persuadido de ello, y el señor presidente ha dado insignes muestras de su imparcialidad, no sólo en sostenerme en mi derecho, sino haciéndome las advertencias que ha creído oportunas, y á las que yo he accedido gustoso.

Pero concluyo; no he de molestar más la aten- ción del Congreso, que haré habré excitado las susceptibilidades de los individuos de la ma- yoría.

Votad, señores diputados de la mayoría, votad esa autorización, ya sabeis lo que significa. (Mur- mullos). Ya me contestaréis, ya combatiréis mis argumentos; no tengais tanta impaciencia, señores ministeriales. Ya sabeis lo que significa la auto- rización; ese Gobierno no es constitucional; con la autorización nos pide la dictadura; con la dicta- dura ha hecho la última etapa de la Constitución de 1845; vosotros habeis concluido con la Hacia- da, la Hacienda concluye con vosotros: vosotros habeis pedido una autorización, la autorización será el dogal que apretará vuestra garganta.

El señor presidente del CONSEJO DE MINIS- TROS: Señores diputados: quizás soy de los indi- viduos que asisten á la sesión el que menos se ha sorprendido de las palabras que el Sr. Figue- rola ha lanzado, primero contra determinadas y altí- simas instituciones, y luego contra la mayoría. Sa- bía que lo había de hacer, porque desde ayer tenía ese propósito, y no ha sido por consiguiente en el calor de la improvisación como se le han escapado á S. S.: venían preparadas para hacer efecto: para pertenecer, según la expresión de S. S., á los hom- bres de la inteligencia que dirigen el brazo de los desgraciados que vienen á pagar con su vida el impulso que les dan otros que se quedan resguar- dados detrás de la cortina.

Yo no contestaré á S. S. con insultos, porque no quiero faltar al Congreso ni faltarle á mí mismo. S. S. no ha podido llegar con sus palabras á altas instituciones que están á cubierto de semejantes acusaciones, no sólo porque son sagradas é inviolables, sino porque todo el mundo sabe el poco precio que hacen del vil metal que hoy dirige los destinos de la sociedad en que vivimos.

En vano S. S. y sus amigos dirigen ataques á eso que forma la base de nuestras instituciones; lo que es sagrado para la nación entera todos nos levantamos á defenderlo, sin pensar en las dife- rencias que puedan existir entre nosotros acerca de otras cuestiones, sosteniendo esos caros ob- jetos y salvando con ellos los grandes intereses sociales.

Dada esta contestación á las frases del Sr. Figue- rola, voy á contestar á lo demás del discurso de S. S. en la parte política, con toda la calma que yo sé tener cuando quiero.

S. S. ha empezado haciendo una historia de la Unión liberal, y á venido á discutir el ministerio que yo tuve la honra de presidir durante cuatro años y medio. S. S. explicó los motivos de dis-idencia que ha habido en la Unión liberal, y decía que por esto no era un partido. Pero ¿puede hablar de disidencias y de división el partido progresista, que en 1840, teniendo á su jefe como jefe del Es- tado, y teniendo una gran mayoría en las Cór- tes, se dividió, y una parte de él le echó abajo, diciendo aquella célebre frase de «Dios salve al país; Dios salve á la Reina!» ¿Puede decir esto ese partido, señores, en el que no mandan los hombres que están á su cabeza, sino que son siempre arras- trados por las masas y tienen su fórmula en el «cumplase la voluntad nacional».

S. S. ha querido presentar á este Gobierno como un Gobierno sediento de sangre; que ha cometido hasta asesinatos jurídicos; pero ¿quiere S. S. que yo le cite lo que en este terreno ha hecho el partido progresista? Yo no lo haré, porque no quiero envenenar más las luchas políticas.

S. S. también ha dicho algo acerca de las pala- bras «empacho de legalidad»; pero, no recuerdo á S. S. que esas palabras las aceptaron las Cortes constituyentes, porque se referían á los carlistas de Aragón? Pues no extrañe S. S. que siguiendo el sistema que propuso aquí la otra tarde, el Gobierno aplique á los godos la ley goda, á los romanos la ley romana.

En cuanto á la guerra de África S. S. está muy equivocado si cree que los ingleses nos impedian ir allí, porque pasamos el Estrecho á la vista de sus buques y porque íbamos sobre Tánger cuan- do se hicieron los preliminares de la paz. Y yo siento que S. S. haya hablado de las notas que mediaron entre el Gobierno inglés y el señor Calderón Collantes, ilustre patricio cuya pérdida lamenta el país entero, y á quien S. S. no ha te- nido por conveniente respetar ni aun dentro de la tumba.

La cuestión de Santo Domingo no sé yo como la trae aquí el Sr. Figue- rola después de haberse citado los periódicos progresistas que aceptaban

su anexión: es verdad que la isla se ha perdido; pero no creo yo que hubiera sucedido lo mismo si hubiese continuado en el poder la Unión li- beral.

S. S. ha tratado de un dignísimo funcionario de la isla de Cuba, que ciertamente no pertene- ce á la Unión liberal, y ha dicho que en la *Gaceta* se le acusaba de un desfalco de 52 millones. El Sr. Figue- rola está en un error; lo que hay es que por efecto de la guerra de Santo Domingo no había podido aun rendir las cuentas en debida forma.

Respecto de la guerra del Pacífico, ha dicho su señoría que habíamos gastado mucho haciendo barcos, y que luego habíamos mandado dos fraga- tas á pasear por aquellos mares nuestro pabellón; pero ¿qué hacen todas las demás naciones del mun- do? ¿Qué hace la Inglaterra que tantas veces se nos cita como modelo? Es cierto que han ocurrido allí después complicaciones; pero ¿tenemos nosotros la culpa de esto? No: encontramos planteada la cuestión y era menester que la continuásemos, ha- ciendo que se cumplieran las instrucciones dadas por el señor ministro de Estado del tiempo del se- ñor duque de Valencia.

Nosotros presentamos una ley electoral que, se- gun el Sr. Figue- rola, era aceptable por su señoría; pero que luego en las elecciones no se había cum- plido. Y ¿sabe acaso esto el partido progresista? ¿Como lo ha de saber si no fué á las urnas?

También conviene S. S. en que fué un acto li- beral el reconocimiento de Italia; pero dice que luego nos hemos detenido; y ¿sabe su señoría por qué? Por la revolución, para salvar la sociedad y el orden público, que el Gobierno está seguro que mantendrá, sean los que quieran los que preten- dan sostener los principios revolucionarios.

Y no tenga S. S. miedo de que exista esa ley de sospechosos; si existiera podría yo citar á su seño- ría á muchos que se hallarían comprendidos en ella, y que hoy no puedo entregar á los tribunales por no tener pruebas; no existe, pero eso no im- pide que el Gobierno sepa que se conspira, y sepa quién conspira, porque no falta en el partido pro- gresista quien venga á decirselo.

Ha citado S. S. á D. Fermín Arias suponiéndole inocente; pero ¿sabe S. S. cómo fué cogido? Hallán- dose en Daimiel el señor marqués de los Castillejos y el señor marqués del Duero en Manzanares, se le cogió huyendo con un revolver de seis tiros en la mano. Si á eso llama S. S. ser sospechoso, yo le llamo ser criminal.

S. S. ha hecho la historia de un desgraciado que ha sido fusilado; pero sépase que cuando se fusiló á dos sargentos y á otro paisano, no hubo nadie que se acercase á pedir gracia para ellos; todo el interés se interpuso con el capitán, y eso no sé yo si por humanidad ó porque estuviera enterado de más secretos que los otros.

Dice S. S. que el párrafo sexto pidiendo autori- zación para aumentar las fuerzas del ejército y ar- mada, si es preciso, era una burla y un sarcasmo; lejos de eso es el mayor tributo de respeto á la pro- rogativa del Parlamento, porque es claro que cual- quier Gobierno haría eso mismo si las circunstan- cias lo exigían sin autorización ninguna. Pues si el Gobierno quiere desde luego que se le autorice para hacer eso, tratando solo de mantener nuestra neutralidad, ¿cómo no se reconoce que este es un acto de respeto al Parlamento?

También se nos acusa por pedir autorización para hacer economías; y yo, después de lo que hoy ha pasado, tengo mayor convicción de que es ne- cesario que estas economías las haga el Gobierno, porque es imposible que acerca de ellas se pongan de acuerdo los señores diputados.

S. S. nos decía acerca del ejército que miráse- mos á Bélgica; pues allí no veo yo que se haya di- cho que no habría de aumentarse el ejército nunca, y tengase en cuenta que ese país tiene 80,000 hombres. En cuanto á los Estados pequeños de Alemania que arman todas sus fuerzas, aunque no las inscriban como ejército de la Confederación, no por eso dejarán de tener que sufragar los gastos que eso les ocasiona.

S. S. ha dicho que el ejército era preciso disol- verlo. ¿Y por qué? ¿Porque no ha respondido á lo que querían los amigos de S. S.? No: el ejército no puede disolverse, porque es el que siempre está dispuesto á sostener el Trono y la independencia del territorio.

Dice el Sr. Figue- rola que con esta autorización damos bandera á la revolución; no es necesario: la revolución la tiene ya, y se la ha dado el partido progresista que quiere echar abajo todo lo existen- te, según consta en los manifestos del señor mar- qués de los Castillejos. Si no quiere esto el parti- do, declárelo así sobre el momento, y yo retiraré mis palabras.

S. S. ha increpado injustamente á los tribunales militares, y yo he citado el caso del Sr. Arias para demostrar que bajo los uniformes de los miem- bros de un consejo de guerra laten corazones hon- rados y humanos.

En cuanto á lo de Barcelona, no es cierto que se hiciera un asesinato en las calles de esa ciudad; el tribunal supremo de Guerra y Marina ha declarado que aquellos soldados no hicieron más que defende- rse.

El Sr. Figue- rola pregunta el derecho en que se funda el considerar á los Guardias civiles de Ma- drid como siempre de centinela. Pues se funda en su reglamento, porque son Guardias civiles como los demás, y con mayor razón todavía cuando es- taba la población en estado de sitio.

El Sr. Figue- rola extraña que no se haya usado con los desgraciados á quienes se fusiló con moti- vo de los sucesos de 3 de Enero la clemencia que con el conde de Montemolin y su hermano. Pues el Gobierno no lo ha hecho como lo hizo entón- ces y también en 1856, porque ahora se sigue conspi- rando y no es posible una amnistía.

Acercas de la autorización pedida para cobrar los presupuestos, diré que no se puede desconfiar de que nosotros tratemos de no discutirlos, porque hemos discutido siempre los presupuestos, y que aseguramos que si no llegan á discutirse, no será por culpa nuestra.

Non dicho algunos que la guerra del Pacífico costaba millón y medio diario; esto no es exacto: ha costado 51 millones en nueve meses, y al año costará unos 40; yo deseo que este gasto ce- se; pero conste que no es tan exajerado como se supone.

Y no es exacto que el Gobierno sea ingrato con aquellos marinos; espera sólo un hecho de armas que corone aquella guerra y dé mayor brillo á nuestro pabellón, y después se propondrán las re- compensas.

Ha hablado el Sr. Figue- rola de los cupones: esta cuestión ha sido tratada ya por los señores Alonso Martínez y Cánovas, y aun espero que ha- brá algún otro señor que conteste á S. S. acerca de ella. Yo sólo diré que el Sr. Figue- rola no ha combatido esa cuestión en el terreno de la conve- niencia ni en el de la legalidad. De ciertas indica- ciones no hago caso: si las palabras de S. S. eran sinceras, porque lo eran; y si no, porque yo des- precio la calumnia.

El Sr. FIGUEROA: Yo podría ocuparme de al- gunas cosas que ha dicho el señor presidente del Consejo; pero las dejo para otro día, y me limito á decir que yo no he dirigido á nadie insultos, y que hago siempre á mis enemigos políticos la jus- ticia que se les debe. Yo no he supuesto nunca in- tenciones dañadas en el presidente del Consejo, y creo que S. S. debe hacerme á mí la misma jus- ticia. Cuantas palabras he dicho han sido sinceras, y espero que así lo creará S. S.

El señor presidente del CONSEJO DE MINIS- TROS: Cuando se retiran palabras es porque no se han querido pronunciar; pero además, S. S. ha dicho que yo había asegurado que haría votar á la mayoría lo que yo no votaría ni á mi padre. Lo que he dicho es que la cuestión de certificados me costaba mucho trabajo traerla, y que sólo la traía á consecuencia de mi patriotismo. Al hacer esto, es claro que no insulto á mis amigos políticos.

El Sr. FIGUEROA: Queda sentado que el señor duque de Tetuan no duda de mis opiniones, y en cuanto á retirar palabras que todos lo hemos he- cho y también el señor duque de Tetuan, sin que esto envuelva el que al decir las se tenía el ánimo de molestar á los señores diputados.

Se leyeron y pasaron á la comisión varias en- mendas al proyecto de autorizaciones.

El señor PRESIDENTE: A la noche se discutirán presupuestos. Orden del día para pasado mañana, porque mañana es día festivo y no habrá sesión: los asuntos pendientes.

Se suspende la sesión.

Eran las cinco y media.

Continuando la sesión á las nueve y media bajo la presidencia del Sr. Romero Ortiz.

El Sr. ESCOSURA apoyó una proposición de ley para que se autorizase á D. Arturo Marcoartú á fin de que se establezca un cable eléctrico trasatlánti- co entre las costas de España y las de América.

El señor ministro de la GOBERNACION dijo que estando sujeto este asunto á informe del Consejo de Estado no decía nada acerca de él porque no se entendiera que prejuzgaba la cuestión, pero que si el Congreso tomaba en consideración la proposición de ley expondría sus ideas sobre este asunto.

El Sr. CLAROS defendió que el Congreso no la podía tomar en consideración habiendo pendientes de informe del Consejo de Estado no sólo la pre- tension del Sr. Marcoartú sino otras sobre el mis- mo objeto, de modo que aunque no en la forma en el fondo había realmente pleito pendiente que el Congreso no estaba llamado á decidir y menos en la forma que se proponía.

Rectificaron los Sres. Escosura, Claros y mini- stro de la Gobernación.

Púsose á votación si se tomaba ó no en conside- ración la proposición de ley del Sr. Escosura, y pedida que fuese nominal se decidió que sí por 56 votos contra 41.

El Sr. CANDAUX excitó el celo del ministro de la Gobernación sobre deberse á la diputación provin- cial de Zaragoza dos millones de reales por lo cual aquella corporación no había podido atender al pa- go de algunas obligaciones, y pidió al ministro que pusiese remedio á este mal.

El señor ministro de la GOBERNACION dijo que no tenía noticia hasta ahora de esta falta, pero que preguntaría por telégrafo y procuraría que se re- mediase este mal que no era de estranar atendido el estado de la Hacienda.

El Sr. BELDA presentó una exposición contra el proyecto de autorizaciones.

Entrando en la órden del día continuó la discus- sión de presupuestos.

El Sr. CORONADO continuó su discurso contra la seccion primera.

El Sr. POSADA HERRERA contestó al Sr. Cora- nado defendiendo la actual organización del Con- sejo de Estado, en la que pedía algunas reformas el Sr. Coronado.

El Sr. GIBBERT como de la comisión contestó también al Sr. Coronado, defendiendo la estadísti- ca y ponderando su importancia.

El Sr. CUESTA usó de la palabra para una alu- sión personal.

Los señores Gibbert y Cuesta rectificaron.

Sin más discusión se aprobó toda la seccion pri- mera del presupuesto de gastos.

Levantándose en seguida la sesión.

Eran las doce.

PARTE RELIGIOSA.

SANTO DE HOY. San Segundo, Confesor.
SANTOS DE MAÑANA. San Marcelino mártir, San Pedro Exorcista y San Juan de Ortega, CULTOS.

Se gana el Jubileo de Cuarenta Horas en la igle- sia de monjas del Sacramento, donde continúa la novena del augustísimo Sacramento del Altar: á las diez será la Misa solemne en la que predicará D. Basilio Sanchez Grande, y por la tarde á las seis comen- zarán los ejercicios y dirá el sermón D. Ambrosio de los Infantes.

Continúan las novenas al Sagrado Corazon de Jesús, y serán oradores: en Italianos, D. Luis Pe- ralta, y D. Vicente Pastor, por la tarde; y solo en los ejercicios dirá el sermón en San Marcos, don Isidro de la Fuente; en las Salesas Reales, D. Ma- teo Yague, y en el oratorio del Olivar, D. José Ma- ría Angles.

VISITA DE LA CORTE DE MARIA.—Nuestra Señora de las Maravillas, la de la Providencia en Capuchinos, ó la del Pópulo en San Justo.

Se reza de la infraestructura del Corpus con rito se- mi-doble y color blanco, haciéndose conmemora- ción de la octava de San Fernando.

PUNTOS DE SUSCRICION

EN PROVINCIAS

Á EL PENSAMIENTO ESPAÑOL.

Agramunt, D. Antonio Sany. —Aguilar del Cam- po, D. Benigno A. de Villalobos. —Albacete, don Sebastian Ruiz. —Albarracín, D. José Martín. —Almazan, D. Apolinario Sanz. —Alcanar, D. Ignacio Chavaler. —Alcañiz, D. Felipe Ibanez y Joaquín Galve. —Alcaraz, D. Antonio María de Soria. —Al- coy, D. José Martí. —Alfaro, José A. Gutierrez. —Algeciras, D. Rafael de Muro. —Alicante, D. José Marcell. —Alhama, Antonio María Espejo. —Alma- gro, D. Juan de Rojas. —Almendralejo, D. Juan Alvarez Feijoo. —Almería, Mariano Alvarez. —An- dujar, D. Manuel M. Serrano. —Antequera, Manuel O. Tallante. —Arauda de Duero, D. Hefonso Ra- mirez, y D. Valentín Rozas. —Arévalo, Viuda de Espinosa. —Astorga, D. José Martínez Vailina. —Avila, D. Cipriano M. Sanchez, calle de Santiago, número 6. —Avilés, D. Bernardo R. de Valle. —Ba- dajoz, D. Gerónimo Orduña. —Bañeza, D. Félix Mata. —Baleguer, D. Juan Sabat Rivera. —Bolta- na, D. Emilio Arredondo. —Barbastro, D. Gerónimo Corrales. —Barcelona, D. Jaime Subirana y D. Ma- nuel Sauri. —Barco de Valdeorra, D. Pedro An- tonio Salgado. —Bejar, José Alvarez Nieva. —Be- navente, D. Eusebio Fidalgo Bermejo. —Berga, don D. Juan Soldevila, y D. Ramon Pujol. —Betanzos, D. José M. Garcia. —Bilbao, D. Tiburcio de Astuy, y señora viuda de Delasm. —Borja, D. Felipe Te- jero. —Brihuega, D. Eustaquio Cueva. —Burgos de Osma, D. Juan Martínez. —Burgos, D. Sergio Vi- llanueva, D. Calixto Avila, D. Santiago Rodríguez Alonso y D. Ambrosio Hervias. —Caceres, D. José Valiente. —Cádiz, Sres. Verdugo Morillas y com- pañía y D. Eduardo Gantier. —Caldas de Reis, D. Fermín Mosquera. —Calahorra, D. Crescencio Lum- breras. —Calatayud, D. Mariano Martínez Ainsa. —Cardona, D. Pedro Llambez. —Carrion, D. Laure- no Fernandez Merino. —Cartagena, D. Benito More- no Garcia. —Castro del Rio, D. Antonio Perez y Puche. —Castronuevo, D. Angel Lavin. —Cerve- ra, D. Bernardo Pujol. —Castellón de la Plana, don Martín Masistegui. —Castellón de Ampurias, don Miguel Paster. —Cieza, D. Juan M. Marin. —Cie- dad Real, Viuda de Gallego. —Ciudad Rodrigo, D. Sa- lomé M. Perez. —Comillas, D. Ramon Fernandez. —Córdoba, D. Rafael Arroyo y D. Francisco Loza- no. —Coruña, D. José de Lago, Luchana, 20. —Cuenca, D. Pedro Mariana. —Coria, D. Joaquín Echavarrí. —Don Benito, D. Angel Sanchez Barro- so. —Duéñas, D. Esteban Rubio. —Durango, don Francisco de Ozoilo. —Ecija, D. Juan Benitez. —Estella, D. Melchor Zanzarren. —Echarriaranz, D. Saturnino Urrestarazu. —Elche, D. Francisco Modesto Aznar. —Ferrol, D. Nicasio Taxonera. —Figueras, D. José Fernandez Magarinos. —Fuente- cantos, D. Lorenzo Garcia. —Garrobitas, D. Dio- nicio Crespo. —Gerona, D. Francisco Palahy y D. Pablo Oliva, Pbro. —Gijón, D. Lorenzo M. Diez. —Gran- ado, D. José María Zamora y D. Gerónimo Alonso. —Guadix, D. José de Castro. —Guernica, D. Nico- las Turbe. —Guadalajara, D. Juan Gualberto No- tario. —Haro, D. José López Ayala. —Hijar, D. Pe- dro Pablo Dosset. —Huelva, D. José María Redon- do. —Huesca, viuda de Navarro. —Igualada, Viuda ó hijos de Abadal. —Jaca, D. Miguel Oliver. —Jae- n, D. Manuel Sagrista, D. Francisco Lopez Vizcaino y D. Narciso de Guindos. —Játiva, D. Francisco Cervera. —Jerez de la Frontera, D. José Bueno. —Jerez de los Caballeros, D. José Giles. —La Gua- rda de Alava, D. Celestino Lapaquente. —Lebrja, D. Francisco J. Salazar. —Llerena, D. Juan Martín Recio. —Lérida, D. Francisco Fontanals. —Lerma, D. Anselmo Merino. —Logroño, D. Domingo Ruiz. —Lorca, D. Manuel Martínez. —Los Arcos, D. Ber- nardo Ascorve. —Lugo, Viuda de Pujol y hermano. —Lucena (Córdoba), D. Francisco Gradi y Gomez. —Mahon, D. Domingo Orilla. —Málaga, D. Francis- co Moya. —Maestras, D. Antonio Soler. —Majorja, D. Isidro Arce. —Martos, D. Lorenzo Diaz. —Medina del Campo, D. Juan Herrero Velazquez. —Mérida, D. José Arauna. —Molina de Aragón, D. Carlos Benito. —Mon- tilla, Antonio Conde. —Mondónedo, D. Francisco Del- gado. —Monforte de Lemos, D. Ramon Cortinas. —Morella, D. Tomas Martínez y D. Salvador Rea- for. —Motril, D. A. Ballesteros. —Murcia, D. J. A. Perez, Corredora, 40. —Nájera, D. Manuel Blasco y Ramirez. —Olit, D. José Reig de Peralt. —Onte- niente, D. José María Caballero. —Orduna, D. Per- fecto J. Breton. —Orense, D. J. Ramon Perez. —Orizuela, D. Pedro Berrueto y Puebla. —Oza- na, D. Gerónimo Parga. —Oviedo, D. Manuel Casillas y D. Rafael Fernandez. —Oyón, D. Ventura Pe- reda. —Padron, D. José María Seoane. —Palencia, D. Gerónimo Camazon, y Gutierrez é hijos. —Pal- ma, D. Felipe Guaso y D. Juan Colomer. —Pan- pleja, D. Eugenio Sicilia. —Pontevedra, D. Nico- las Andrade. —Pamplona, D. Francisco Erasun y Rada y D. Regino Vescuna. —Plasencia, D. Isidro Pis. —Priego de Andalucía, D. Luis Caracul. —Puenteareas, D. Domingo Antonio Gonzalez. —Po- tes, D. Francisco Ruiz. —Puebla de la Reina, don Luis Arangui. —Puerto de Santa María, D. José Valderama. —Roa, D. Elias Arranz. —Ronda, don Rafael Gutierrez. —Reinoso, D. Ramon Moliner. —Reus, D. Padra Molner. —Riesco, D. Félix G. Cor- ral. —Rivadavia, D. Benito Alonso. —Rivadeo, don M. Prospero Peces. —Roa de Valdeorras, D. Agus- tín Rodríguez. —Ripoll, D. Mariano Boixaderas. —Salamanca, D. Juan Conde. —Salamanca, señoras hi- jas de Blanco y D. Federico Calama. —Saltillos, D. Policarpo Angulo. —San Clemente D. Matias Arri- vas. —San Ildefonso, D. Juan Aldrete. —Sankikar, D. Inocencio de Oña. —San Sebastian, D. Ignacio Ramon Baroja. —San Mateo, D. Juan Bautista Vi- lagraia. —Santa Cruz de Tenerife, D. Nicolas Power. —San Fernando, D. José Alford. —Santander, don Manuel María Ramon y D. Fabian Hernandez. —Santiago, D. Bernardo Escribano. —Santo Domingo de la Calzada, D. Eulogio Regidor. —Segorbe, don José Bayo. —Segovia, D. Eugenio Alejandro. —Segura de Leon, D. Manuel Rebollo. —Sevilla, don José Manuel Diaz y D. Eduardo Hidalgo, y com- pañía. —Sigüenza, D. Baltasar Pardo. —Sisante, don Pedro Blanco Alvarez. —Solsona, D. Pedro Sant. —Soria, D. Francisco Perez Rioja. —Sort, D. José Llinas. —Tafalla, D. Pedro Rodríguez. —Talaue- ra, D. Angel Sanchez de Castro. —Tarazona, D. Grego- rio Frances. —Tarragona, D. Eduardo Garcia. —Tárrega, D. Ramon Carial. —Teruel, D. Joaquín Abad y D. Domingo Fuentes. —Toledo, D. Severi- no, Lopez Fando. —Tolosa, señora viuda de Lala- ma. —Torá de los Guzmanes, D. Luis Perez Fue- rtes. —Toró, D. Alejandro R. Tejedor. —Trempe, don Ambrosio Perez. —Trujillo, D. Antonio Gomez Holguin. —Tudela, D. Dámaso Ezcurra y D. Ramon de Lizaso. —Tuy, D. J. Nolasco Rodriguez. —Tor- tosa, D. Miguel de los Santos Camps y D. Jacinto Dolz. —Tarancon, D. Manuel D. y Rives. —Urgel, D. Antonio Campañón. —Valderas, D. Santos Do- minguez. —Valencia, D. J. Mariana y San, D. José Beler y D. José Badal. —Valladolid, Sres. hijos de Rodriguez, D. J. Nuevvo D. Juan de la Cuesta. —Valls, D. Francisco Ferrer. —Vergara, D. José Ibarburen. —Viana, D. Manuel Navarro. —Vich, Señores Soler, hermanos. —Vigo, D. José Huber. —Villamanán, D. Dionisio R. Arias. —Villareal de Valencia, D. Domingo Vayer. —Vinaros, D. José Oliver. —Vitoria, D. Bernardino Robles. —Vivero, D. Fidel Salgueiro Noguero. —Velez Málaga, Se- ñor D. José Lasso de la Vega. —Yela, D. Victor Menu. —Zafra, D. Gregorio Muro. —Zamora, don Carlos Turiso Lope. —Zaragoza, Señora viuda de Heredia.

Editor responsable: D. MANUEL DE TOMÁS

Impta. de EL PENSAMIENTO ESPAÑOL, Pelayo, 54.